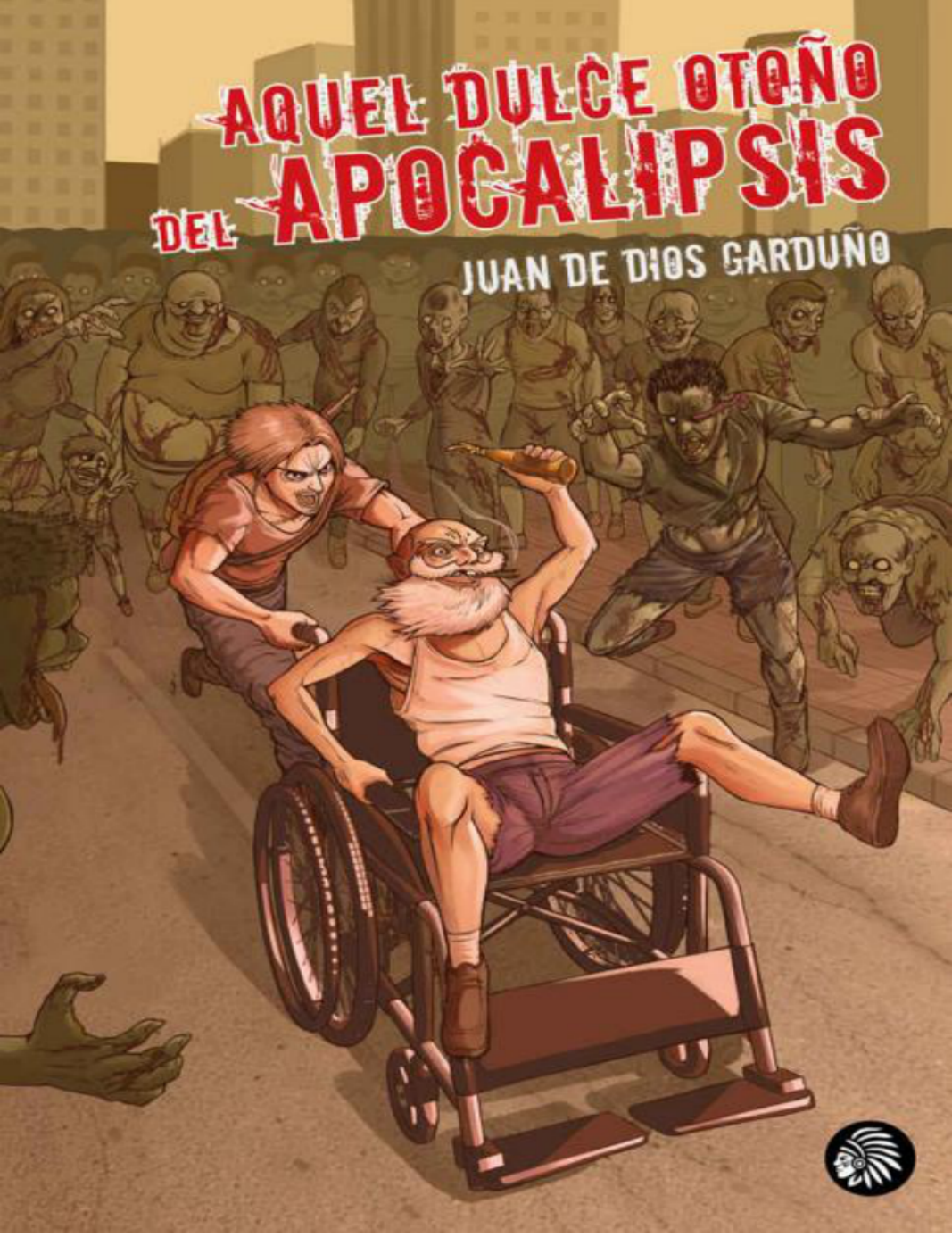
AQUEL DULCE OTOÑO DEL APOCALIPSIS

JUAN DE DIOS GARDUÑO



Aquel dulce otoño del apocalipsis

Juan de Dios Garduño

APACHE LIBROS

www.apachelibros.com

Primera edición:

Noviembre 2022

Del texto:

© Juan de Dios Garduño, 2022

Ilustración de portada:

© Héctor Cisneros @kito-aki, 2022

«Si cayera en mis manos siendo naufrago,
la usaría para hacer fuego».

Pablo Chiapella

«El libro que siempre he soñado no leer».

Ernesto Sevilla

A mi padre, con amor.

«Hoy solo quiero decirte, viejo amigo del alma,
que eres el ser que más respeto y admiro».

Anónimo

CAPÍTULO 1
OJUELOS ALTOS

Vivir con tus padres es una mierda. Volver a vivir con ellos después de un apocalipsis zombi es una mierda del tamaño de un templo. En mi caso, tras perder a mi mujer y a mi hijo durante los primeros días (no creo que en este diario cuente lo que les pasó), decidí volverme de Madrid, donde llevaba trabajando once años, a mi aldea cordobesa. El viaje fue algo accidentado, había zombis por todos lados y me quedé sin gasolina cerca de Córdoba capital, así que tuve que hacer el resto del camino con una bicicleta Orbea de los años noventa que encontré abandonada en una finca.

Iba a continuar un poco con mi historia, que no sé para quién carajos la estoy contando, pero antes necesito decir que la relación con mi padre era un poco extraña. Nunca eludió sus responsabilidades como progenitor. Nos dio techo y comida a mi hermano y a mí. Aunque, a nivel afectivo… era un poco distante. Y por qué no decirlo, mi padre es un cabrón. A lo mejor estoy siendo injusto con él, porque, al fin y al cabo, nunca nos faltó nada, pero aquí necesito ser sincero conmigo mismo.

Ahora mismo mi padre, Paco, está apostado con su silla de ruedas y una escopeta delante de la ventana del salón, por si ve algún puto zombi. Ya ves, vivimos en una aldea que, poco antes del apocalipsis, contaba con algo más de cien personas. Ya casi no queda nadie aquí después de un año. O se han ido o han muerto. Alguna que otra vez hemos visto a algún vecino pasar corriendo, pero los pocos que hay apenas se atreven a salir a la calle. Aunque aquí, zombis, pocos. Si alguien se pregunta cómo sobrevivimos en Ojuelos Altos, le diría que es porque todas las casas suelen tener un terreno en la parte de atrás, con sus muros de piedra, donde tenemos pequeños huertos. Hubo un tiempo en el que subvencionaron sondeos para pozos de agua, por eso la mayoría de los vecinos tenía el suyo. Así que teníamos casi de todo, menos electricidad.

Los paneles solares digamos que se estropearon pronto. Al no haber recambios ni técnicos, no sirvieron de mucho. Al menos a nosotros.

—¿Eres gay?

La pregunta de mi padre me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Qué dices, papá?

—Coño, como no paras de mirarme, estoy pensando que puedas ser marica. A lo mejor por eso te fuiste a Madrid, para salir del armario.

—¿Pero qué coño dices, papá? Me casé con Sara. Tuve un hijo, joder.

—¿Y? No serías el primer maricón que usa una tapadera, como Ricky Martin.

—Papá, no soy gay. Y si lo fuera, no lo ocultaría.

—Eso dices.

—Y eso haría.

—O no.

Llegados a este punto de la conversación, decidí callarme. Era tontería seguir y lo único que iba a conseguir era pillarme un enfado tremendo. Pero bueno, aquí tenéis un claro ejemplo de lo que es mi padre. Pero ¿sabéis qué? Aunque suene un poco moñas, aunque sea un cabrón y tenga un peculiar sentido del humor, le quiero. En verdad, en mi vida adulta, siempre que he necesitado ayuda económica después de irme de casa, él y mi madre respondieron. No es que fuera obligatorio que me ayudaran, pero lo hacían. No sé, es difícil describir bien la relación con mi padre. No la entiendo ni yo, como para explicárselo a otras personas. Además, con Juan, mi hijo, siempre tuvo una relación especial. A él, que no llegó a los nueve años y que era un niño demonio, siempre le hablaba con cariño y le trataba con respeto. Cuando visitábamos a mis padres en vacaciones, se lo llevaba al huerto y le dejaba coger los huevos de las gallinas, aunque el niño siempre rompiera alguno porque había heredado mi torpeza natural. En una ocasión, recuerdo que… recuerdo que…

Bueno, perdonad, necesito tomarme un rato. Me voy del salón, que lo que menos necesito es que mi padre me vea así. La mayoría de las veces que

pienso en mi hijo acabo llorando y con ganas de no seguir el camino.

Dadme diez minutos.

[…]

Vale, ya. No sé por dónde retomar esta *narración*. No soy escritor, aunque sí que he leído mucho durante toda mi vida. Por extraño que parezca, habiéndome criado en una casa donde los pocos libros que había eran de adorno, a mí me flipaba leer. Empecé leyendo Mortadelo y Filemón y acabé con los grandes clásicos de la literatura universal. En el bar de la Loli siempre tenían material, estaban suscritos a *El País* y *El Mundo* y, de vez en cuando, estos periódicos regalaban alguna colección de libros o cómics. Como mi madre trabajaba allí de cocinera desde la tira de años, los libros tenían un solo dueño: yo. Fue así como me hice una buena biblioteca en la habitación.

Fui el único Martínez de mi familia que estudió. Me saqué la carrera de Bibliotecario en la Universidad de Granada. Y, es curioso, porque nunca ejercí. Recién terminada la carrera, el amigo de un amigo me habló de que había una plaza de Consultor Junior de Licenciamiento de Microsoft en una gran consultora tecnológica. Y buscaban a alguien sin ningún tipo de experiencia. Tras decirme lo que pagaban, y estando en el paro con una mano delante y otra detrás, decidí probar suerte. Me cogieron y ya no abandoné el sector. Y he de decir que, aunque siempre sentí nostalgia por «lo mío», gané mucho dinero (salvo algún bache económico donde, como comenté antes, mis padres me ayudaron) y eso me permitió tener una vida más o menos tranquila. Cuando me aburrí de trabajar por Andalucía (viví en Córdoba, Sevilla y Granada) me fui a Madrid, donde los sueldos eran ya casi estratosféricos, y allí conocí a Sara y decidí que Leganés era un buen sitio donde echar raíces.

Tengo muchas ganas de hablar de Sara. Qué mujer. Cómo me enamoré de ella hasta las trancas. Pero no quiero mezclar temas y estoy un poco rallado por el estado de salud de mi padre. Últimamente apenas come, está adelgazando mucho y, a veces, le noto demasiado pálido. La cosa es que, si le

pregunto que cómo está, me manda a la mierda. Bien, creo que va siendo hora de dejar aparcada esta «historia». Me duele un montón la cabeza y creo que por hoy ya está bien. Escribir dos hojas de libreta en un día debe ser un logro. Me gustaría haber conocido a algún escritor de verdad para preguntarle, aunque por alguna presentación de libros en la que estuve en Madrid, suelen ser un poco pedantes.

CAPÍTULO 2
MALAS NOTICIAS

Si hay algo que hoy en día me sigue fascinando, es contemplar el cielo totalmente estrellado. Me acostumbré a no verlo por la contaminación lumínica de la ciudad. Y, en mi pueblo, con las farolas cogiendo polvo desde hace un año, la noche es muy oscura. Hablando de contaminación, ¿qué habrá sido del calentamiento global? Este año el verano no fue excesivamente caluroso. ¿Seguirá el mundo yéndose a la mierda? Bueno, con suerte el ser humano no llegará a verlo. Puto ser humano… Mierda, me doy cuenta de que no hilvano bien nada. Estoy hablando de una cosa y, al momento, paso a otra totalmente diferente. Qué vergüenza si algún día alguien lee esto. También es verdad que me siento con esta libreta sin la menor idea de lo que voy a «hablar». Quisiera poder centrarme un poco, encontrar el hilo natural de la historia que quiero plasmar, pero parece que alguien baraja mis recuerdos como si fueran cartas y los va mostrando uno a uno, en total desorden. Además, como habéis visto ahí arriba, hay temas en los que prefiero no entrar todavía. Duelen demasiado. Lo que no quiero es ir con prisas. Todo lo que quiera contar aquí, lo contaré, aunque pueda parecer una patochada.

Mi madre y mi hermano murieron antes del apocalipsis. Voy a contar esto muy por encima, porque duele y porque tampoco es el tono con el que quiero «narrar» mis vivencias. Mi madre murió por derrame cerebral con cincuenta y ocho años. Muy joven. Mi hermano se mató en un accidente de tráfico cuando tenía veinticuatro años. Su primer coche, demasiada potencia y un cambio de rasante formaron parte del coctel con el que se mató. El coche dio como cinco vueltas de campana. Bueno, ya lo he contado. Podría entrar en detalles, como que mi madre murió haciendo ganchillo mientras veía *el Sálvame*, y mi padre cagaba a poco más de dos metros de distancia. O que mi hermano iba puesto de coca y alcohol hasta las trancas… pero prefiero no

hacerlo. Aunque parezca duro lo que voy a decir, ya aprendí a lidiar con esas muertes. Lo que quiero decir es…

Un segundo, mi padre me llama a voces.

Ya he vuelto. Lo que parecía que iba a ser una noche tranquila se ha convertido en una puta mierda. Me ha dado un mazazo tremendo. Quiero dejar siempre por escrito aquí las conversaciones con mi viejo. No quiero olvidar ni una palabra, aunque a veces me pueda bailar una palabra o frase. Tengo buena memoria. No me enrollo más porque ha sido muy fuerte todo:

—Hijo, consígueme una revista porno.

—¿Qué coño dices, papá?

—Pues eso, que estoy harto de machacármela usando la imaginación. Necesito algo más.

—Papá, yo creo que internet se cargó a las revistas porno.

—Pero alguna debe de quedar por ahí, ¿no?

—¿Aquí en el pueblo? Me dices en alguna ciudad y, joder, puede que algún quiosco tuviera alguna. Pero aquí…

—Hijo, me muero.

—¿Qué?

—Tengo cáncer de colon en estado terminal.

—¿Pero qué cojones me estás diciendo? De verdad que no entiendo tu humor.

—No estoy de broma.

—¿Pero y cómo hemos llegado de las revistas porno a esto, papá?

—Pues porque quiero ir cumpliendo sueños antes de palmarla.

—A ver, a ver. Vamos a parar un momento y nos centramos. ¿Cómo que te mueres? Por favor, si estás bromeando, para ya.

—No bromeo, hostias. Antes de que pasara la mierda esta de los zombis cagaba sangre. Fui a ver a Aurelio, el médico, y me mandó a Pueblonuevo, a que me viera al que te mete un dedo en el culo. El de Pueblonuevo me dijo que tenía que hacerme más pruebas, así que me metieron un tubo por el culo; aunque estaba dormido. Cuando desperté, el médico este me dijo que lo

sentía, que tenía cáncer de colon en estado avanzado y que me quedaba un año de vida como mucho. Eso fue hace más de un año.

—Ajá.

—Me siento como el orto desde hace semanas, así que creo que me muero.

—Pero ¡cómo me cuentas esto ahora!

—¿Y para qué te lo iba a contar antes?

—¡Porque soy tu hijo!

—Uy, de eso también tenemos que hablar.

—¿¿Qué??

—Era broma, ja ja. Qué cara has puesto. Sí, eres hijo mío, joder. Tan feo no podías ser de otro.

—Hostias, papá, ya vale. Me dejas hecho polvo. Tenías que habérmelo contado antes… ¿me lo ocultaste para que no me preocupara?

—Sí, claro. Por eso y porque se me había olvidado.

—¿Que se te había olvidado que tienes cáncer, papá? ¿En serio?

—Y quiero cumplir mi sueño.

—¿Pelártela con una revista porno es tu sueño?

—No, cojones. Qué va a ser ese mi sueño, ¿tú eres tonto?

—¿Entonces cuál es tu sueño, viejo?

—Quiero pisar el Santiago Bernabéu antes de espicharla.

—Tú estás de coña… ¿ir a Madrid? Hola, Papá, ¿recuerdas a los zombis? ¿te acuerdas de que ya no hay gasolina en ningún sitio?

—Lo recuerdo, hijo. Lo recuerdo.

—Entonces, qué piensas, ¿ponerle una vela a esa silla de ruedas y que el viento te lleve hasta la puta capital que está a más de cuatrocientos kilómetros? ¿capturar a algún caballo salvaje?

—Pues más bien pensaba en que me llevaras tú empujando la silla, que para eso eres mi hijo, cojones.

—Mira, a ver, es que estoy flipando —dije—. Necesito despejarme un poco. Me voy a mi habitación y voy a darle vueltas a todo esto porque estoy

que no me lo creo.

—No mientas, vas a pajearte. Seguro que tienes una revista guarra y no me la quieres prestar.

—¡Papá, vete a la mierda!

¿Qué os parece? ¿Esto es normal? Tiene cáncer en estado terminal y me entero cuando le queda poco de vida y por una conversación que empieza con revistas porno. Es que no me lo creo. En verdad no sé cómo sentirme. No digiero que la única persona que me queda en este mundo de mierda se vaya a ir también. ¿Por qué? ¿Por qué la vida es tan injusta, joder? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Estoy siendo egoísta, hostia. El que se muere es él. Lo de Madrid es una locura. Siempre ha sido un fanático del fútbol y del Madrid. Su padre y su abuelo eran del Madrid, mi madre y mi hermano eran del Madrid… yo fui, cómo no, la oveja negra de la familia. Nunca me gustó el fútbol. Hubo un tiempo que, por no salirme del redil, intenté que me gustara. Un día, por joder, dije que era del Barça y me empecé a interesar por conocer el nombre de los jugadores, ver partidos, etc. Fue en la temporada del 94-95, que ganó el Madrid. Koeman, Guardiola, Nadal, Abelardo, Stoichkov, Romario y otras tantas estrellas de la época. Mi afición por el fútbol duró poco más. Dejé de ver partidos, de leer noticias sobre deportes, etc.

En fin, centrándome un poco… no sé qué hacer con lo de mi padre. Creo que va en serio. No sé si voy a llorar o a dormir. O las dos cosas. Espero tener las cosas más claras mañana.

CAPÍTULO 3
NOS VAMOS PÁ MADRID

La decisión la tomé anoche antes de dormirme. Creía que me iba a costar más, la verdad. Pero no, di un repaso mental no solo al año que llevamos aquí aislados, sino a toda mi vida. ¿Qué perdemos por hacer esta locura? Que morimos… ¡qué más da! Total, lo hemos perdido casi todo y para la mierda de existencia que llevamos aquí, mejor convertirnos en putos zombis. Más entretenida sería nuestra *no vida*. Aquí prácticamente se pasan las horas muertas. Que sí, que leo mucho, que no hay ataques *zombiles* y todo eso, pero luego qué. Pasarán los años, iremos haciéndonos más viejos, enfermaremos y moriremos sin haber hecho otra cosa que estar aquí escondidos como ratas viendo los días pasar. Y, qué cojones, creo que le debo una a mi viejo por todo lo que ha hecho por nosotros.

Por cierto, antes estuve releyendo lo que llevo escrito y me he dado cuenta de que tengo un montón de muletillas, repito palabras, pongo comas a diestro y siniestro, etc. Espero que cuando termine de escribir esto le pueda dar un buen pulido (o que un editor majara revise mi texto, quitando y poniendo correcciones con las que *nunca* estaré de acuerdo). Ah, respecto a esto de mi historia, voy a empezar a hacer las cosas de otra manera. He decidido que escribiré por la noche para así poder narrar todo lo que acontezca durante el día. Así todo tendrá más sentido, aunque sea cronológico. Bueno, eso si conseguimos sobrevivir más de un día. Perdón, qué risa tonta me ha entrado. Voy a hablar con el viejo y a contarle la decisión que he tomado. Se va a alegrar mucho. Pienso en las veces que pasé por delante del Bernabéu, en la Castellana, y nunca me dio por visitarlo o por decirle a mi padre que se viniera un finde y fuésemos a algún partido. También es cierto que mis padres nunca quisieron salir del pueblo. Solo vinieron a Madrid una vez, y fue cuando nació Juan, pero como tenían trabajo,

se volvieron al día siguiente sin haber conocido nada de la capital. Volviendo al tema del Bernabéu y la Castellana, odiaba conducir por allí. Siempre había un tráfico de cojones y me ponía nervioso. Yo era un *Paco Martínez Soria*, un pueblerino en la gran ciudad, y me daba mucho respeto conducir por Madrid. Bueno, lo dicho, voy a hablar con mi padre. No creo que nos vayamos hoy, habría que preparar muchas cosas, pero hagamos lo que hagamos, luego lo pongo por escrito.

[…]

Ya es de noche. Mi padre se ha puesto muy contento con mi decisión. Ha insistido en que nos fuéramos hoy, pero él mismo se ha dado cuenta de que era una locura. Teníamos que preparar las mochilas. No cargaremos con mucha ropa. Estamos en septiembre y todavía no hace mucho frío. Llevamos algunas latas de comida que todavía nos quedan y calabacines, berenjenas, habichuelas y lechugas del huerto. Lógicamente esto no nos durará mucho, pero entendemos que iremos encontrando cosas para comer por el camino. Si no es así… chungo. Creo que nos hemos hecho a la idea de que quizá no volvamos al pueblo. En parte estoy nervioso e ilusionado, pero también me da mucho miedo lo que nos pueda pasar. Sea como fuere, será un viaje duro, estoy seguro. Además, volver a Madrid es como refrescar los recuerdos.

En fin, que ya está todo casi listo, incluidas un par de escopetas que tenemos por casa. Que tampoco es que sirvieran de mucho en caso de que nos atacase una horda de zombis. Tienen potencia, sí, pero hay que disparar muy de cerca para que los perdigones hagan daño de verdad. Yo creo que solo he disparado un par de veces en mi vida, y fue hace muchos años durante la fiesta de Judas. Veréis, en mi pueblo, el domingo de resurrección, se colgaba un muñecote de lo alto de un árbol. Representaba a Judas, sí, el que traicionó a Jesús. Pues bien, la tradición era disparar contra él y, cuando estuviera hecho trizas y cayese al suelo, prenderle fuego. Una tradición para disfrutar en familia, ja ja ja. El caso es que no soy muy ducho disparando. Y mi padre

tuvo sus tiempos de cazador, pero quedaron atrás cuando con cuarenta y tantos años se cayó de un andamio en Málaga y se partió la espalda. Con esto vengo a decir que dudo siquiera que entre los dos fuésemos capaces de matar a un zombi. Aunque mira que los *jodíos* son lentos. De los de *La noche de los muertos vivientes*, de Romero. Lo único que ya sabéis por las pelis es que son muchos, muchísimos. O eran, porque ya os digo que no sé cómo estará el panorama ahora fuera de las lindes de Ojuelos Altos.

Ah, si alguien que me pudiera leer en el futuro no tiene ni idea del tema de cómo aparecieron los zombis y todo este rollo, siento defraudarle si piensa que es algo así como el virus T de *Resident Evil*. Sí, fue por un virus, pero no uno escapado de un laboratorio gestionado por una malvada multinacional farmacéutica. Más bien fue como el virus de la Covid 19, solo que en esta ocasión no pasó de un murciélago al ser humano. Ni tampoco se originó en una ciudad china recóndita como Wuhan. Os vais a reír, pero el virus saltó de un burro de Mijas al ser humano y, de ahí, con una capacidad de contagio que sacaría los colores al coronavirus, infectó a millones y millones de personas de todo el mundo, en un lapso muy breve de tiempo. El resto, es historia. O es el presente, vaya. Yo lo resumiría con dos palabras: *estamos jodidos.*

Respecto a la ruta a seguir, hemos decidido hacer la más larga, pero también la «más segura». Y entrecomillo mucho esto porque imagino que ya no hay rutas seguras. El caso es que podríamos ir desde aquí por nacionales hasta Don Benito y pillar la autovía de Extremadura. También podríamos ir por nacionales hasta Puerto Lápice. Pero no, vamos a ir hasta Córdoba por la nacional y de ahí pillaremos la autovía hasta Madrid. El motivo es sencillo… no sabemos el estado de las carreteras. Imaginamos que las autovías estarán mejor conservadas. No podemos arriesgarnos mucho a sacar la silla de ruedas de mi padre fuera del asfalto. Ir por Córdoba nos supone cierto rodeo, pero creo firmemente que es lo mejor. No sé cuánto tardaremos. Si una persona a un paso normal va a un paso de seis kilómetros hora, imaginad una persona que tiene que ir empujando a otra en silla de ruedas. Creo recordar que esa ruta era de unos cuatrocientos sesenta o setenta kilómetros. Echad cuentas.

Bah, no quiero ni pensarlo. Lo que sea, será.

Y dicho o escrito esto, me voy ya a la cama. Mañana nos levantaremos temprano, desayunaremos y saldremos. A ver cómo carajos duermo yo esta noche…

CAPÍTULO 4
NOS PONEMOS EN MARCHA

Puedo asegurar, sin ningún tipo de duda, que no habíamos llegado al Alcornocal (a tres kilómetros de mi pueblo) y ya estaba arrepentido de haberle dicho que sí al viejo. Espero que, a partir de Córdoba, si es que llegamos, el asfalto de la autovía esté mejor, porque lo que es la nacional… Había baches enormes y, en general, el asfaltado era muy intransitable para una silla de ruedas. También es normal, las carreteras no estaban hechas para darles esa utilidad. En fin, qué contar, que me castañeaban los dientes con el traqueteo de empujar la silla, que he sudado más que «follando debajo de plásticos» y que apenas hemos avanzado en el día de hoy. Hemos llegado a Villanueva del Rey, un trayecto que en coche habríamos hecho en unos veinte minutos o poco más. A nosotros nos ha llevado toda la mañana y parte de la tarde. Y yo estoy reventado y tengo rozaduras y ampollas en los pies. Mi padre… bueno, él se lo ha pasado bien, jaja. La buena noticia es que no hemos visto ni un puto zombi. A ver, tampoco es tan sorprendente, estas zonas estaban muy despobladas antes del apocalipsis. Además, después del primer brote, la gente huyó a las ciudades donde decían que todo estaba más protegido por el gobierno y los militares. Al final sirvió de poco, por lo que parece.

Durante el trayecto no es que mi padre y yo habláramos mucho, pero os dejo una de las conversaciones que tuvimos porque ilustran muy bien nuestra relación.

—Arre, burra, arre.

—Papá, por favor, que bastante tengo ya con empujar esta silla.

—¿Qué pasa? ¿Tu entrenamiento a base de pajas no te ha fortalecido al menos un brazo?

—Ale, ya estamos con las pajas. Si me da a mí que te masturbas tú más que yo, viejo.

—Bueno, eso ahora, porque a mí nunca me hizo mucha falta masturbarme. Yo era un Casanova.

—¿Pero qué Casanova ni qué Casanova? ¡Si conociste a mamá con dieciocho años y ya no os separasteis! Lo que eres es un poco fantasma.

Ahí mi padre se quedó callado unos segundos. Él nunca lo hubiera reconocido ni delante de un pelotón de fusilamiento, pero aún tantos años después, la echaba mucho de menos. Y, hasta el final, bebió los vientos por ella.

—Eres un pajillero.

Decidí quedarme callado porque noté su voz un poco quebrada. No debía ser fácil para él abandonar el pueblo en el que había pasado toda su vida. Lo mismo que para mí acercarme a Madrid era peligroso sentimentalmente, para él debía ser duro alejarse de donde se encontraba toda una vida de recuerdos y las tumbas de mi madre y mi hermano. Sin pensarlo mucho, dije lo primero que se me vino a la cabeza:

—Es peligroso, Frodo, cruzar tu puerta. Pones tu pie en el camino, y si no cuidas tus pasos, nunca sabes a dónde te pueden llevar.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—Es de *El señor de los anillos*, cuando Bilbo advierte a Frodo de…

—Me importa una mierda, puto friki.

—Eres pura simpatía, papá.

—Vamos muy lentos. A este paso, hasta un zombi de esos es una liebre…

—Oye, es que pesas, y la carretera no es que esté en muy buenas condiciones.

—Tú eres un poco princesita, ¿no?

—Ya estamos faltando…

Justo en ese momento llegábamos a una pequeña cuesta abajo que luego pasaba a ser una pequeña subida. Como esa parte del asfalto no estaba tan mal, decidí gastarle una broma al viejo y le solté. En seguida la silla cogió algo de velocidad y mi padre comenzó a dar botes en ella como si tuviera un

muelle en el culo.

—¡Hijo de putaaaaaaa!

Salí corriendo y le frené con algo de esfuerzo. Creía que se me caía el viejo y me lo cargaba. Ya casi veíamos Villanueva del Rey y la tarde se iba poniendo.

—Yo también puedo ser un poco cabrón, papá.

—Quieres quedarte con mi herencia, ¿eh, pájaro?

—Ahora mismo podría quedarme con muchas herencias. ¿Ves Villanueva? Si ahí no queda nadie vivo, la proclamo como mía.

—¿Proclamo? ¿Por qué coño hablas así?

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras en una puta novela, joder. Además, has perdido el acento andaluz. Hablas raro.

—No sé, papá, es mi forma de hablar. Cuando vives mucho tiempo en un sitio, se te pega el acento.

—Pues pareces tonto.

Suspiré. Con mi padre ya había aprendido de sobra que hay conversaciones que tienes que llevar a un callejón sin salida y dejarlas morir. Mi madre era la única que vencía a mi padre en ese terreno. Siempre sabía cómo dejarlo *ko*. Ella nos daba mil vueltas a todos en inteligencia, la verdad. A mí, como fui el que estudió, siempre me decían en el pueblo que había salido a ella de listo, pero ni de coña, ella nos ganaba a todos de calle. La pobre lo pasó muy mal con lo de mi hermano. En fin, que ya estoy derivando a temas tristes y no es lo que quiero. Mirad, quería poner una conversación de las que tuve con mi padre mientras llegábamos aquí y al final la he cortado en seco. Bueno, da igual, no me apetece contar más de eso. Tampoco es que haya sido algo fuera de serie, ni especialmente gracioso o significativo.

Cuando llegamos a Villanueva, el viejo tenía la escopeta bien agarrada. Los dos mirábamos a todos lados con desconfianza, aunque en la calle que daba acceso al pueblo, no se veía movimiento alguno. Decidimos no arriesgar, cruzar por la carretera circunvalatoria y buscar una casa que estuviera abierta

para poder pasar la noche seguros. Era la primera vez en un año que pisaba otra población distinta a Ojuelos Altos y me daba mucho respeto. Aunque en coche había pasado por allí cientos de veces, no conocía muy bien la ciudad. Con cautela, llegamos al tramo final de Villanueva, antes del polígono industrial y antes del cruce con la Nacional 432 que va directa a Córdoba. Allí había varias casas haciendo esquina. Ninguna abierta, para nuestra desgracia. Aun así, le dije al viejo que intentaría saltar la tapia del patio de una de ellas, y, si la puerta trasera estaba abierta, podría abrir la principal y tendríamos un sitio para dormir.

Bueno, si estoy contando esto es porque estoy vivo, claro, pero qué miedo pasé. A ver, que no me considero un cobarde, más bien soy del tipo de personas que cree que el valiente es aquel que, aun teniendo miedo, hace lo que tiene que hacer. Pero bueno, mi padre siempre pensará que soy un poco gallina. El caso es que, al saltar la tapia, que me costó un huevo, caí de culo y me di un golpe en la cabeza. Menos mal que no fue fuerte y ni sangré ni nada, pero todo quedó bastante ridículo. Y si hubiera tenido la mala suerte de encontrarme de sopetón con un zombi, estoy seguro de que se habría puesto las botas conmigo.

No voy a alargar mucho más este capítulo. Como he dicho ya antes, no ha pasado nada fuera de «lo normal». Conseguí entrar en la casa porque la puerta del patio estaba abierta, abrí a mi padre y tuvimos hasta la buena suerte de encontrar algunas latas de callos a la madrileña en la despensa. Decidimos irnos a la cama temprano para madrugar y volver a retomar el camino y, aquí estoy, con el culo de una vela alumbrando para escribir estas páginas. A ver qué tal se desarrolla mañana el día. No tengo ni idea de cuánto podremos avanzar, ni el estado de la carretera, ni si nos encontraremos a alguien, sea persona o zombi. Sigo estando un poco… nervioso. Este viaje me sigue pareciendo una locura, pero si mi padre sueña con pisar el Bernabéu pues… ¡hala Madrid!

CAPÍTULO 5
NO LLEGAMOS A CÓRDOBA, PERO NOS ENCONTRAMOS CON PROBLEMAS Y CON NUEVA COMPAÑIA

Me cuesta escribir porque me tiemblan las manos todavía. No sé ni cómo estamos vivos. Dios, Dios, Dios, espero que no lo volvamos a pasar tan mal en lo que resta de camino. De verdad que creía que no salíamos vivos de esta. La única parte buena de todo esto ha sido encontrar nueva compañía: Marta y Manuela, su hija de cinco años.

Os voy a contar cómo ha transcurrido el día de hoy desde el principio, aunque me cuesta mantener la cabeza centrada.

Me desperté muy temprano. A eso de las seis de la mañana. Me sorprendió encontrarme descansado, y el dolor de pies parecía habérseme pasado. Me levanté con una idea en mente. Teníamos que llegar al menos a Cerro Muriano. Era un poco locura, porque «El Muriano», como le llamábamos en mi tierra, está a cincuenta kilómetros de Villanueva y era un pateo interesante, pero o empezábamos a ir más rápido o no íbamos a llegar a Madrid en la vida.

Cuando me presenté en el salón para desayunar y despertar a mi padre, me lo encontré ya allí.

—Ya era hora, bella durmiente.

—Vaya, qué madrugador —dije con ironía—. Se nota que ayer no estuviste empujando una silla de ruedas durante todo el día…

—¿Vas a echarme mucho en cara que sea minusválido, hijo?

Me hizo sentirme un poco mal. Lo reconozco. Decidí dar la callada por respuesta y desayuné un poco de calabacín crudo con algo de sal. Sí, sé cómo suena… pero creedme, sabe peor. Aunque, al final uno se acostumbra a no

cocinar la verdura. Eso sí, hay que aliñarlas un poco. Después de saciar el hambre, recogimos todo y nos pusimos en marcha de nuevo. En honor a la verdad, he de decir que la N-432 era mucho más transitable. No es que fuera cómodo llevar por allí la silla de ruedas, pero el asfalto estaba en mejores condiciones y me era mucho más sencillo empujar al viejo. Respecto al viaje… bueno, salvo la paliza tremenda que me di y que hubo un momento en el que nos chispeó, fue un trayecto tranquilo donde tampoco nos cruzamos con nadie. Mucha cuesta arriba para llegar a Espiel y dejarlo atrás, pero, a partir de ahí, también mucha cuesta abajo. Ni que decir tiene que me dejé los pies en el camino. Se me hincharon, y las rozaduras y las ampollas me torturaron hasta decir basta. Tanto es así que, al mediodía, cuando ya llevábamos siete horas de pateo y decidimos que era buen momento para parar, pensé que no podría reanudar la marcha. No sé de dónde saqué fuerzas de flaqueza, pero, al final, empujé la silla de mi padre tres horas más hasta llegar al desvío de Cerro Muriano. Un rato después, pasamos por delante de la base militar de la brigada «Guzmán el Bueno X». Conocíamos algo la base porque mi hermano había hecho la mili en la infantería mecanizada y fuimos a la jura de bandera y a visitarle alguna vez para llevarle dinero o comida.

—Tu hermano cumplió con nuestra patria. No como tú, sarasa.

—Papá, yo pedí prórrogas porque estaba estudiando.

—Y al final no hiciste la mili —respondió indignado—. El primer Martínez que no hace la mili.

—Y el primero en tener una carrera universitaria.

—Bueno, eso también. Aunque ya podías haber estudiado para médico o abogado, joder. A ver de qué nos sirve ahora que estudiaras para rata de biblioteca.

De nuevo me callé, aunque tenía una réplica preparada. Pero es que lo que vi justo al pasar por delante del arco de la puerta de la base, donde se leía bien grande «Todo por la patria», me bloqueó por completo. Zombis. No uno, ni dos, ni tres… docenas de ellos. Pululaban al otro lado de la alambrada, entre naves y edificios. Lentos, con la mirada perdida. Descompuestos y

pestilentes. Mi padre también los había visto.

—No te pares ahora, coño…

Las palabras del viejo fueron poco más que un susurro, pero me pusieron en movimiento. Tuve que retener el impulso de empujar con todas mis fuerzas la silla y echar a correr. No. El movimiento brusco o el ruido podrían delatarnos y los zombis no parecían haberse percatado de nuestra presencia. Y, aunque las puertas del cuartel estaban cerradas y la alambrada que lo rodeaba estaba en perfectas condiciones, no podíamos tentar a la suerte. Pasito a pasito nos alejamos lo bastante para que suspirase aliviado. Hubiera cantado *eureka* en ese momento de no ser porque el ruido de un disparo hizo que los cojones se me subieran a la altura de la garganta.

—¡Qué coño!

Eché la vista atrás y, a unos doscientos metros, vi una mujer en bicicleta salir por la puerta del cuartel. Pedaleaba a toda leche y, detrás de ella, chorrocientos zombis se agolpaban para salir y perseguirla. No es que fuesen muy rápidos, pero, qué cojones, más que yo empujando una silla de ruedas, sí.

—¡Corre, Forest, corre!

—¡Vaya, papá, de esa película sí te sabes los diálogos!

La mujer no tardó en sobrepasarnos. Su cara era una mezcla de sorpresa y cabreo. Cuando pasó por delante de nosotros vi que, en la parte de atrás, iba una niña de unos cinco o seis años agarrada a ella. No se pararon, por supuesto, nos esquivaron y siguieron su camino. En esta parte de la narración quiero que os pongáis en situación. Los zombis jamás las hubieran cogido, pero… para nuestra mala suerte, a nosotros sí nos habían localizado, y teníamos pinta de bocadillo de jamón serrano para ellos. Imaginad, yo tenía los pies que estaban para tirarlos y comprar unos nuevos. Los brazos apenas me respondían después de todo un día empujando la puta silla. La espalda me crujía como los muelles de un colchón viejo. Había comenzado la carrera de caracoles del siglo. Aunque mi padre me hubiese azotado con una fusta, yo ya no daba para más. Pero vamos, tampoco es los zombis fuesen primos de Usain Bolt. Si yo hubiera estado fresco, jamás hubiéramos estado en peligro. No sé

cuánto tiempo estuvimos huyendo de ellos. Mi padre intentaba girarse en la silla de ruedas para disparar, pero yo veía que, si lo hacía, era capaz de matarme a mí, así que le gritaba que mirase hacia adelante y no me complicara más la huida. La cosa es que, poco a poco, los zombis fueron ganando terreno. Y todo se complicó más. Cuando llegamos al pueblo, nos encontramos con que, en la carretera, había una barricada de sacos y alambres que hacía imposible continuar por ella. Miré hacia los lados y tenía pocas alternativas.

—¡Déjame, hostias! ¡Que los mato a todos!

—¡Pero si hay decenas, papá!

—¡He visto todas las películas de Rambo!

Sé que mi padre se hubiera quedado ahí, disparando con la escopeta a todo no muerto que se acercara. Pero era tontería. ¿Hubiera podido acabar con dos, tres o cuatro? Seguro. Si es que atinar a un ser que se mueve al ritmo de un octogenario borracho bailando en una verbena tampoco es que fuera muy complicado. Pero es que volvemos al problema base: los zombis son muchos, muchísimos. No te derrotan ni por su rapidez ni por su inteligencia, sino por su gran número. Y porque son muy pesados, hostias. Más que un comercial de Tecnocasa.

No se me ocurrió otra idea que la de subir a mi padre a caballito y bordear por la cuneta la barricada. Mientras lo hacía, los zombis ya casi estaban a nuestra altura. Mi padre se cagó en mí y en toda mi ascendencia porque, tras pasarle al otro lado en brazos, le dejé en el suelo para intentar pasar la silla de ruedas y reanudar la huida. No sé si esto hubiera salido bien sin la ayuda de Marta. Cuando volvía atrás a por la silla, los primeros zombis, que vestían de militar, ya habían llegado hasta ella. Tuve un rifirrafe con alguno de ellos, pero cuando conseguí la posesión de la silla, uno de aquellos malnacidos me agarró del tobillo y me hizo caer. Los demás se me echaron encima a cámara lenta. Y ahí hubiera terminado mi historia si Marta no hubiera aparecido, pistola en mano, disparando contra el primer zombi que estaba a punto de comprobar si mi tobillo estaba poco o muy hecho.

—¡Muévete, gilipollas!

He ahí las primeras palabras que la escuché decir. La verdad es que la tía imponía. Morena de pelo y piel, espigada, muy al estilo de Lara Croft. No voy a decir que me excitara, porque en aquellos momentos lo único en lo que pensaba era en salir de allí con la cola intacta, pero sí que, pensándolo a posteriori, me pongo algo cachondo. Pensad que hacía un año que no veía a una mujer y esta estaba muy pero que muy bien. El caso es que conseguí pasar la silla de ruedas de mi padre al otro lado de la barricada. Los zombis seguían llegando, pero se quedaban atascados en los alambres, como si fueran borrachos incapaces de separarse de la barra de un bar. Subí a mi padre en la silla mientras me daba de hostias y emprendí de nuevo la huida. Marta siguió disparando un rato, pero, al poco, volvió a adelantarnos con la bicicleta. A la niña no la vi hasta que no habíamos recorrido otros cien o doscientos metros más. Estaba sentada en mitad de la carretera, junto a un petate militar de donde asomaba la culata de un cetme. Marta cogió primero el petate y se lo puso a la espalda, después agarró a la niña de un brazo y la subió en el sillín.

—Tenemos que irnos, ¡pero ya!

—Sí, *bwana* —respondió mi padre.

Marta no se paró a decir nada más. Solo comenzó a pedalear. Yo miraba hacia atrás, porque me parecía flipante que los zombis no fuesen capaces de sortear la barricada por un lateral. Pero así era. Nos seguían con la mirada, alzaban sus brazos hacia nosotros y babeaban cual perro de Pavlov… en definitiva, nos querían comer. Pero su cerebro estaba tan atrofiado que parecía imposible para ellos llegar a la lógica de sortear la barricada para perseguirnos y zamparnos.

Como decía al principio, estoy muy muy nervioso. Hoy hemos estado a punto de morir y ni siquiera hemos llegado a Córdoba. ¿Qué está por venir? No os puedo contar mucho todavía de Marta y de la niña. Apenas hemos hablado. A unos dos o tres kilómetros de Cerro Muriano, por la antigua carretera que volvía a conectar con la N-432, encontramos una casa abandonada. Ellas llegaron antes que nosotros, inspeccionaron aquello y

dijeron que sería un buen lugar para pasar la noche. Marta se presentó y dijo que, si intentábamos algo, nos pegaría un tiro en el ojete a cada uno. Era genial haberlas encontrado y que nos salvaran la vida (aunque fueran ellas las que la pusieran en peligro), aunque parecen desconfiar un poco. A ver si mañana hablamos más. Me da curiosidad todo lo concerniente a ellas. No sé ni de dónde son, ni a dónde van ni por qué. Tampoco sé si mañana podré dar un paso más.

Tengo los pies destrozados y estoy hasta la polla.

CAPÍTULO 6
DÍA DE CHILL Y DE HACER AMIGOS

Ay, Dios. Sé que dije que solo iba a escribir por las noches, pero voy a hacer una excepción. Está amaneciendo y me acabo de despertar. Me duelen tanto los pies que tengo hasta calambres que me suben por el tobillo y los gemelos, por no hablar de la situación de mis rozaduras o ampollas. No voy a poder andar. Hoy no. Tengo que hablar con mi padre. Vamos a tener que permanecer al menos un día más aquí. Antes, estando en duermevela, escuché pasos y ruidos de alguien trasteando en cajones. Imagino que es Marta, aunque también pudiera ser mi padre. Voy a levantarme, a ver quién cojones es. Sea quien sea, tenemos que hablar. Aunque tengo pocos motivos para desconfiar de esta mujer y su hija, y menos después de habernos salvado la vida, no me siento cómodo compartiendo techo con desconocidos.

[…]

Bueno, ya es de noche y estoy de nuevo en la cama. Día tranquilo, que falta me hacía. Lo de ayer fue excesivo. El pateo, el ataque de los zombis… necesitábamos una pausa. Además, este descanso nos ha servido un poco para conocer más a nuestras nuevas amigas. No me apetece mucho transcribir tal cual la larga conversación que hemos mantenido mi padre y yo con ellas, así que lo resumiré todo para no aburrir al posible lector de este *diario, memoria,* o lo que carajos acabe siendo esto. Marta es, o mejor dicho *era*, profesora de Lengua en el Instituto de Educación Secundaria Rafael de la Hoz, en Córdoba. Su marido era militar y también estaba destinado en Cerro Muriano, pero lo mandaron a «El Goloso» en Madrid cuando las cosas se pusieron chungas en la capital. Ya no volvieron a saber de él. Manuela era hija de ambos. Hartas y desesperadas por no saber nada de él, decidieron ponerse en camino justo a la

puta vez que nosotros. ¿No es casualidad?

Marta parece una mujer con mucha personalidad, aunque eso no quita que me haya parecido amable y atenta (me ha puesto tiritas en los pies). A mi padre le ha tachado de machista en cuanto este ha dicho que tiene «un buen *culamen* y *entreteto*», pero le ha hecho gracia «el viejo verde». A la niña también parecemos haberle caído bien. Cuando Marta comentó que iban en busca de su padre, se echó a llorar. Pobre. Todos hemos perdido mucho con este apocalipsis, pero es injusto que un niño tenga que sufrir así. Imagino que el marido de Marta está muerto, pero claro, no les iba a decir eso. La esperanza es lo último que se pierde, ya sabéis.

Hemos llegado al acuerdo de intentar hacer el viaje juntos. Marta se echó a reír cuando le contamos nuestro plan de llegar hasta Madrid empujando la silla de ruedas. Dijo que o éramos imbéciles o estábamos locos. Y no le falta razón. Pero… pocas alternativas tenemos. Ella dice que tiene una idea, pero que necesita encontrar una serie de cosas para ponerla en práctica y ayudarnos a ir más rápido. Ha estado casi toda la tarde fuera, con la niña. Y, al volver, se ha encerrado en el garaje de la casa. Traía otra bicicleta y la mochila cargada de utensilios, pero sigo sin saber cómo nos va a ayudar, porque la silla de ruedas de mi padre hay que llevarla sí o sí.

Por lo demás, he pasado toda la tarde echado sobre la cama para descansar los pies. No sé si mañana estaré en condiciones de andar. Creo que, con el estado de mis pies, va a ser complicado. He estado leyendo un libro que he encontrado en la habitación. Se titula *La hija única* de Guadalupe Nettel. Me ha parecido que era una historia un poco dura sobre la maternidad, así que la he dejado aparcada pronto. No es el momento de leer drama. Me apetecería, si pudiera, leer alguna novela de Eduardo Mendoza. ¡Qué crack el tío! Lo que me río con sus historias. Por cierto, a Marta le agradó mucho la idea de conocer a un bibliotecario. Al igual que a mí, los libros son su pasión. Aunque a mí me tira mucho el terror, la ciencia ficción y la fantasía y a ella más el drama, los temas sociales y el feminismo.

Bueno, voy aparcando libreta y boli por hoy. Hay que descansar también

la mente y mañana puede volver a ser un día duro.

CAPÍTULO 7
REEMPRENDEMOS LA MARCHA Y NOS ENCONTRAMOS CON «LA SALCHICA PELEONA» DE CÓRDOBA

Hoy vuelvo a escribir de noche. A veces me gustaría escribir este diario como si fuera una novela, pero… ay, no sé. No soy escritor y cambiar a estas alturas de narrador puede ser un desastre. Pero es que nos está pasando cada cosa que esto bien parecería una novela cómica o una película de Santiago Segura (¿Os acordáis de *Torrente*?). Bueno, no adelanto nada, aunque el título del capítulo ya es explícito, y me meto a contar lo que nos ha deparado el día de hoy.

Cuando me desperté pensé que, por segundo día, no podría dar ni un paso. A ver, no es que sea un flojo ni nada por el estilo, que fuerzas tenía. Eran mis putos pies. Los seguía teniendo destrozados y sabía que, en cuanto camináramos un poco, me dolerían cosa mala. ¿No sería mejor que me recuperara por completo para poder continuar la marcha y esta vez tener más mesura a la hora de marcarse metas? Que el Bernabéu iba a seguir allí en pie, aunque tardáramos cinco meses en llegar. Me levanté con la intención de explicarles esto a todos. Pero resulta que Marta tenía una sorpresa.

—Bibliotecario, ven, quiero enseñarte algo.

Eso me dijo nada más levantarme e ir al salón con cara compungida para hacerles notar mi dolor de pies. La verdad es que la seguí cual corderito hasta el garaje. Y lo que vi me dejó completamente sorprendido. Marta había soldado la silla de ruedas de mi padre a una bicicleta (¿dónde coño había encontrado un soldador que funcionara?), la misma que le había visto traer el día anterior. Vamos, no me jodas, que se había montado un sidecar algo tosco,

y mi padre ya estaba subido en él. Marta me hizo un gesto con la mano:

—Vamos, pruébalo.

—¡Este inútil es capaz de matarme con esto!

¡Cómo no, mi padre apoyándome!

—¿Y quién lo va a llevar si no, Paco?

—Pues tú, así tengo unas buenas vistas al lado… o me vas a comparar ese culito tuyo con forma de manzana con el del deforme de mi hijo.

Marta lanzó un largo suspiro, aunque sonreía. Me parecía flipante que el viejo le cayese bien. La mujer repitió el gesto con la mano y yo procedí a probar aquel experimento. Me subí en la bici mientras mi padre negaba resignado con la cabeza y mascullaba que no le dejara en ridículo. Con mucho respeto di un par de pedaladas y… bien. Aquello parecía un poco rígido, pero respondía. Sin duda no estaba hecho para ir a gran velocidad y traqueteaba más que un viejo con Parkinson para tomarse un vaso de agua, pero qué cojones, mucho más rápido que si fuese yo empujando la puñetera silla por la carretera.

—Eres un genio.

Marta me guiñó un ojo y me dio un codazo cómplice.

—La que vale, vale, señor bibliotecario…

He de decir que, aunque nunca había ejercido como tal, me puso un poco cachondo que me llamase así varias veces. A ver, por mucho que hubiera dedicado toda mi vida adulta a otros menesteres, yo seguía teniendo el corazón y el alma de un bibliotecario. Me imaginaba sentado en un ordenador catalogando libros, o acariciando sus lomos mientras regresaba los libros devueltos a sus estanterías. Amaba los libros.

Sin creerme lo que iba a decir, solté:

—¿Cuándo nos ponemos en marcha?

Y nos pusimos, vaya que sí. Para mi suerte, no es que hayamos hecho muchos kilómetros hoy, pero el camino nos deparaba una sorpresa. Un nuevo compañero: *la Salchicha Peleona Cordobesa* (no, yo no le llamo así, pero dentro de poco sabréis por qué me refiero a él así).

[…]

Después de comer reemprendimos el camino. He de decir que, aunque al principio me iba un poco de lado a lado de la carretera mientras mi padre se cagaba en mi estampa, pronto le cogí el tranquillo a aquella especie de sidecar para minusválidos. Marta siempre iba por delante de nosotros y Manuela nos miraba y se reía desde el sillín trasero. Mi viejo agarraba la escopeta, apuntaba a la niña y hacía como que le disparaba, y yo estuve a punto de estamparme más de una vez porque corriendo le apartaba el arma para que Marta no viera las burradas a las que jugaba mi padre con su pequeña.

Fuimos de Cerro Muriano a Córdoba, que, la verdad, era un trayecto corto de unos veinte kilómetros y casi todo cuesta abajo. No puedo decir que fuese placentero, porque, aunque menos, me seguían doliendo los pies al pedalear. Pero sí que fue curiosamente tranquilo. Sé que estábamos en pleno apocalipsis zombi, pero obviando esto, el canto de los pájaros, el paisaje, el sol resplandeciente y la compañía eran gratos. Sin duda, encontrarnos con Marta y Manuela había sido un golpe de suerte.

Cuando quedaban dos o tres kilómetros para llegar a Córdoba, Marta bajó el ritmo y se puso a nuestra altura. Mi padre estaba medio mareado y parecía que iba a vomitar de un momento a otro.

—Paco… ¿está bien?

Mi viejo emitió un gruñido como respuesta. Era un hombre de antaño, de los que no podía permitirse mostrar debilidad, mucho menos ante una mujer.

—Está mareado —dije—. Se le pasará.

—Está mareado. Se le pasará. *Ñiñiñiñi*…

—Papá…

—Chicos, ¿no creéis que deberíamos intentar entrar por Carlos III en busca de algo de comida? —interrumpió ella—. No sé vosotros, pero nosotras apenas tenemos comida para un par de días más a lo sumo.

Durante unos segundos, sopesé qué respuesta dar. No me hacía mucha

gracia meterme en la ciudad. Esos sitios solían estar atestados de zombis. Y eso que, cuando lo más chungo del apocalipsis, se produjeron éxodos masivos. Pero claro, tampoco quería quedar como un cobarde.

No, si me iba a parecer más a mi padre de lo que creía.

—¡Yo voy! —se me adelantó el puñetero viejo.

Me dirigí a Marta.

—¿Estás segura de que es buena idea? No es que yo sea Indurain con este cacharro. Si tenemos que salir escopeteados…

—Lo entiendo. A mí me da mucho miedo por la niña también, pero creo que podemos ir con precaución… la avenida es bastante larga y ancha. Imagino que cualquier posible peligro lo veríamos con antelación.

Me flipaba como hablaba esta mujer. Como diría mi padre, parecía un personaje salido de una novela. ¡Qué voz! ¡Qué bien se expresaba! ¡Cómo planeaba con antelación posibles problemas y encontraba la solución!

—Bueno, por mí bien —respondí—. Muy despacio, eso sí.

Ella asintió. Frenó por completo y sacó de su petate una pistola.

—Toma. La cogí del cuartel del Muriano. Yo tengo otra. Creo que será mejor que tú tengas la tuya propia. Es más fácil disparar con esto que con esas escopetas para matar conejos que tenéis.

—¿Y para mí?

—Para usted no, Paco. Que no son de agua.

—¡Hija puta!

Marta dando caña a mi padre. Definitivamente, podría enamorarme de esta mujer. El viejo se reía… yo creo que, en cierta manera, aquella mujer le recordaba a mi madre. Lo que estaba claro es que le caía bien.

No alargaré esto con extensas descripciones, ni con momentos de tensión que en realidad no existieron. A ver, no me malinterpretéis, sí que vimos algún zombi pululando por aquí o por allí. Pero no llegamos a pasar cerca de ninguno. No había marabuntas tipo la película esa de Brad Pitt, *Guerra Mundial Z* (que, por cierto, como bibliotecario friki debo decir que era una adaptación bastante cutre de la novela de Max Brooks). Más o menos, a mitad

de la avenida vimos un supermercado Olicampo 2000 con la puerta reventada. En seguida dedujimos que estaría saqueado y, cuando entramos (dejando a mi padre en la puerta vigilando), no fue una sorpresa encontrarlo desvalijado. Aun así, Marta quiso que lo inspeccionáramos bien, que podríamos encontrar algo útil, dijo.

Y, bueno, de nuevo dio en el clavo. Para nuestra sorpresa, detrás de una puerta cerrada con llave sobre la que descerrajó sin pestañear un balazo, encontramos un alijo de comida enlatada que hizo que los ojos se me pusieran como chiribitas. Callos, garbanzos, judías, alcachofas… había de todo. Manuela gritó con alegría e imitando, de forma inesperada, a Gollum:

—*¡Mi tesoro!*

Y no le faltaba razón. Choqué las palmas con ella. No demoramos mucho en llenar las mochilas. Aunque fuésemos más cargados, no nos iba a faltar comida posiblemente en todo el trayecto. Pero Córdoba *la Llana* nos deparaba una última sorpresa antes de irnos. Cuando ya me había subido en la bicicleta, justo delante de nosotros, saltó de un árbol un tipo vestido de ninja blanco. El hombre estaba bastante… orondo. Por poco se pega un hostiazo tremendo, porque se dobló el tobillo y se fue para un lado hasta que consiguió encontrar el equilibrio.

—¡Hostia, un ninja gordo! —dijo el viejo—. ¡Co-mo el de la peli!

Mi padre soltó una carcajada. La verdad es que aquella aventura estaba tomando un cariz delirante. El ninja se volvió a situar delante nuestra y, con los brazos en jarra, dijo:

—*Si la montaña va hacia ti, corre… es un derrumbe.*

—¿Qué? —Mi padre se quedó perplejo.

Mirad, no pude evitar soltar una carcajada. Sé que es de mala educación y no quería ofender a aquel pobre hombre (que encima tenía una catana en la espalda), pero no tuve fuerzas para resistirme. Marta acudió al rescate. Sin ningún atisbo de simpatía, le mostró un poco la pistola que tenía ajustada en la cinturilla del pantalón.

—¡Oiga!, no queremos problemas… —dijo.

—No le temo a la muerte, solo que no me gustaría estar allí cuando suceda.

—¿Pero este tío por qué habla como si fuera un mongolo? —dijo mi padre sin cortarse un pelo.

De todos modos, parecía que no había nada que temer. El ninja no se molestó por los comentarios, ni por las risas.

—Sois las primeras personas que veo en tres meses, ¿podemos hablar? —respondió sin frases enigmáticas o sacadas de un libro barato.

Y hablamos durante más de una hora con él antes de ponernos en marcha con un nuevo miembro. Voy a haceros otra vez un resumen por no alargar más este capítulo, que necesito dormir. El ninja blanco, al que mi padre ya no paró de llamar «Salchicha Peleona» era un cordobés de cuarenta años llamado Rafael. Soltero y aficionado a las películas de artes marciales, había conseguido sobrevivir gracias a la suerte, a su manejo de la catana, a sus conocimientos en las artes místicas orientales… y a encerrarse en unos almacenes repletos de alimentos en un polígono industrial.

No nos pareció mal tipo así de primeras. Al contrario, parecía muy achuchable. No se lo imaginaba uno amputando miembros de muertos vivientes, la verdad. Nosotros le contamos nuestras historias y nos rogó que lo aceptáramos en el grupo para poder viajar con nosotros a Madrid. Decía que necesitábamos protección, que estaba harto de Córdoba, que necesitaba ver mundo antes de palmarla, y que le habíamos caído bien. Sobre todo, el viejo lisiado.

En fin, el colmo. Menudo viaje íbamos a tener.

Para rematar el capítulo, contaros que a las afueras de Córdoba encontramos un chalecito. Lo inspeccionamos, vimos que era seguro y, tras cenar, nos despedimos hasta el día siguiente. Hoy me toca dormir en la misma habitación que mi padre. A ver si puedo descansar algo con sus ronquidos y la peste de sus pedos.

Vaya, le acabo de mirar y está dormido. Me ha dado ternura, así que me he levantado para arroparle un poco, pero ha abierto los ojos y me ha lanzado

una mirada asesina.

—Ni se te ocurra.

Creo que es mejor que cierre esta libreta y apague la luz. ¡Hasta mañana!

CAPÍTULO 8
DÍA COMPLICADO EMOCIONALMENTE

¿No os pasado que hay días en los que os levantáis sin mucho ánimo, ni ganas de hablar, casi sin energía? A veces, no hay un motivo en concreto o, si lo hay, está agazapado detrás de algún matorral mental. Pues yo hoy me desperté así. Creo que lo fundamental en estos casos es que los demás comprendan que es un día para dejarte tranquilo. Eso, Sara, mi mujer, lo comprendía muy bien. Cuando veía que yo tenía uno de esos días, me decía:

—Sabes que estoy aquí.

Yo asentía y sabía que era verdad. Eso me reconfortaba. No es fácil «aguantar» a alguien con un día de mierda. Ella me daba mi espacio (llamadme egoísta) y al día siguiente todo volvía a la normalidad. No es que yo tuviera este tipo de episodios una vez a la semana, pero a lo mejor sí una vez al mes. Y creedme, es una mierda sentirse así.

El caso es que, en las circunstancias actuales, tampoco podía pedir a los demás un trato especial. El viaje ya de por sí estaba siendo lo suficientemente duro como para andar con mis tonterías. Así que decidí encerrarme un poco en mí mismo y pasar de las bromas de mi padre. O de la conversación insulsa de Rafael, que, al no encontrar bici iba en un patinete de estos con manillar. O de las carantoñas que me hacía Manuela, a la que mi padre había enseñado a hacer la peineta a espaldas de Marta. Mentalmente me disculpé con ellos y traté de no sentirme muy culpable justificando mi comportamiento por «un dolor de cabeza».

No sé si engañé a los demás, pero Marta me observaba cada dos por tres con cierta suspicacia. Fue algo que empezó a molestarme. Como os he dicho, cuando estoy así, mejor dejarme en paz. Al mediodía, cuando hicimos un alto en una gasolinera Repsol para comer a doce kilómetros de Córdoba por la

A-4, se sentó a mi lado.

—¿Qué te pasa? Porque no creo que sea un dolor de cabeza.

Si hay algo que molesta a una persona que no quiere hablar es que le pregunten que qué le pasa.

—Nada, no me pasa nada.

—¿Y por qué estás como ausente?

Decidí no irme por las ramas. Lo mejor en estos casos es ser sincero y tratar de no herir a la persona que tienes enfrente. Le expliqué rápidamente cómo me sentía, que no quería molestar a nadie y que tan solo había que darme mi espacio. Que al día siguiente todo volvería a la normalidad.

Ella asintió.

—Vaya, así que no soy la única gilipollas a la que le pasa eso…

Sonreí. Ella se levantó, me dio una palmada en la rodilla y dijo:

—Lo comprendo perfectamente. Hoy el señor bibliotecario lleva el cartel de «No molestar».

Después, se fue junto con el grupo y en pocos minutos estaban riendo a carcajadas.

[…]

He hecho una pausa en la escritura, porque vi a mi padre hablando con la niña a la luz de la hoguera y no pude evitar acercarme. Estoy un poco en *shock* y con ganas de llorar. No sé qué ha podido pasar, aunque luego os diré la conclusión a la que he llegado. Os cuento, mi padre le decía a Manuela:

—Fue en la temporada 93-94. Se disputaba el clásico, ya sabes, Madrid vs Barça. Esa noche los malditos culés nos metieron toda una manita. Pero hubo una jugada… en el minuto veinticuatro Romario recibió un pase al borde del área, hizo un regate imposible que rompió la cintura a Alkorta. Fíjate, llamaron al regate: «La cola de la vaca». Total, que el jodido brasileño hizo su magia y metió el primero de la noche. El resto del partido fue una pesadilla para los madridistas.

Le escuché atentamente. Las palabras finales le salieron con la voz quebrada. Estaba a punto de llorar. Y yo recordé aquel gol de Romario. Lo recordé porque aquel clásico lo vi con mi padre, mi hermano y mi madre. En el sofá, con cuencos de palomitas, cervezas y coca colas. Cuando todos estábamos vivos.

Mi padre se percató de mi presencia y, rápidamente, se limpió las lágrimas. Yo me hice el tonto como si no hubiera visto nada. Marta llamó a la niña, que se levantó, le dio un beso al viejo y le dijo:

—Me ha gustado mucho tu cuento, Paco.

Mi padre sonrió y asintió, sin poder decir palabra todavía. Yo me acerqué al viejo y me senté a su lado.

Él volvió a hablar.

—Los echo de menos. Y a mi Juanito, al que yo le contaba estos partidos cuando íbamos al huerto.

—Papá…

Mi hijo, su Juanito. No sabía qué decir. Maldita sea, yo no nací para consolar a mi padre. Debían ser los padres los que consolaran a sus hijos. Tenía delante de mí un maldito muro mental que no me permitía levantarme y darle un abrazo. Maldije toda mi estirpe porque es lo que más me hubiera gustado hacer en ese momento. Pero no podía dejar de pensar en cómo se lo tomaría mi padre. Mi hijo nos unía a ambos. Mi hijo era luz y unía a todos. Y mi hijo ya no estaba en este mundo. Qué injusto era todo, joder. Hubiera dado mi vida por salvarlos, pero yo… ni siquiera estaba en casa cuando todo pasó. Estaba fuera intentando conseguir un medio para que escapásemos. No pude protegerlos, y eso será algo que me acompañará hasta la tumba.

Me levanté, di una palmada en el hombro a mi padre y me alejé de su lado. Él se quedó llorando y yo estoy hecho polvo. Quiero pensar que como siente que va a morir pronto, necesita sacar lo que lleva dentro. ¿Y qué haré yo cuando él no esté? ¿Quién más se acordará de mi hijo o de Sara? ¿De mi madre y de mi hermano? ¿Merecerá la pena vivir entonces?

Demasiadas preguntas chungas. Voy a dejarlo aquí por hoy. Necesito

llorar, porque hace tiempo que intenté dejar de encontrar sentido a todo esto.

CAPÍTULO 9
DÍA DE TRÁNSITO

Puf, estoy leyendo lo que escribí anoche y menudo melodrama. He pensado mucho en arrancar esas hojas, pero quedaría rara toda esta narración y, ¡qué demonios!, dije que aquí contaría todo lo que me apeteciera y eso tengo que hacer. Hoy, por suerte, no he tenido un día de mierda. Más bien al contrario.

El ánimo me había cambiado desde que me desperté. Además, me sentía como un móvil recién recargado, a tope de energía. Los demás lo notaron rápido, ya en el desayuno, porque yo estaba mucho más dicharachero. Mi padre no tenía buena cara, estaba algo pálido, pero no se le veía apagado ni nada por el estilo. Imagino que no tuvo una buena noche. Me permití lanzarle algunas pullitas, que me devolvió multiplicadas por dos, para risa de todos. Aunque sus dardos no fueron solo para mí.

—Oye, gordito, ¿y sabes hacer algo con el cuchillo ese largo que llevas a la espalda?

—Papá, se llama Rafael…

Rafael desenvainó la catana y nos la mostró. Un sable curvado con filo en un solo lado y punta aguzada. Sin mediar palabra se puso a hacer movimientos enérgicos con ella, cortando el aire. Cuando terminó, hizo una leve inclinación hacia nosotros en señal de respeto y volvió a guardarla. Manuela aplaudió enérgicamente, mientras que mi padre negaba con la cabeza con su gesto característico.

—Vamos a morir todos… —dijo el viejo.

Marta y yo comenzamos a reír también. Rafael se encogió de hombros y se unió a nosotros en las risas.

—*Una muerte bella honra toda la vida.* Francesco Petrarca —dijo.

—Bueno, como veo que todos estamos descansados, pongámonos en

marcha —interrumpió Marta—. Hoy tenemos que darle duro, chicos.

Marta se veía una líder nata. Se notaba la soltura que tendría en sus clases a la hora de lidiar con adolescentes sacados del mismo averno. Siempre he sentido admiración por los docentes, por varios motivos. Por su amor hacia el conocimiento y querer compartirlo con los demás, y por tratar con niños o adolescentes sin volverse locos. Yo no hubiera aguantado ni una semana dando clases. Me llevaba mal con los niños y peor con los adolescentes, que me parecían todos gilipollas y malcriados (opinión impopular, lo sé).

Y ya volviendo a nuestro viaje, hay que decir que hoy hemos avanzado casi cincuenta kilómetros hasta llegar a la altura de Andújar. Me parece un pasote, pero es cierto que hemos estado dándole a los pedales casi sin descanso hasta la noche. El que peor lo ha pasado ha sido, sin duda, Rafael. Con su patinete no podía mantener nuestro ritmo, así que cada dos por tres teníamos que esperarle. El pobre llegaba a nuestra altura jadeando y sudando, pero siempre nos decía lo mismo:

—Seguid, seguid, que yo os pillo.

Vimos algún zombi rezagado por el camino, pero no les dimos tiempo ni a acercarse. ¿Cómo acabarían por la autovía? Detrás de cada zombi, había una historia, estaba claro.

En fin, no voy a alargar innecesariamente este capítulo de nuestro viaje. Encontramos de nuevo un chalé pegado a la autovía, lo inspeccionamos sin encontrar peligro alguno dentro, y aquí estoy, a punto de irme a dormir para ver qué nos depara el día de mañana.

Ojalá avancemos tanto como hoy y el camino sea tranquilo y seguro.

¡Agur!

CAPÍTULO 10
INCREÍBLE…
¡LLEGAMOS A MADRID!

Bueno, bueno, bueno, qué día cargado de peligros, adrenalina y sorpresas. Baste con decir que, lo que empezó con un buen susto, ha terminado con nuestros culos en Madrid mucho antes de lo que esperábamos. Me he adelantado contando el final, pero es que no he podido resistirlo. Ahora sí, paso a narraros el día cronológicamente, como vengo haciendo, por eso de no marearos mucho y que entendáis bien cómo hemos acabado aquí.

Habíamos decidido que, durante la mañana, intentáramos recorrer al menos treinta kilómetros. Lo sentíamos mucho por Rafael, que el pobre seguía yendo entre el patinete y el coche de San Fernando, un ratito a pie y otro andando, pero no quedaba otra si queríamos llegar a Madrid antes de que se acabaran las provisiones. Yo había empezado a admirar al gran ninja blanco, porque el tío podía estar reventado, pero no se quejaba. Lo que me echaba para atrás de él era que no se quitara ese traje de ninja ni a la de tres. Mi padre le decía que se bañara, que olía peor que una piara de cerdos, aunque lo cierto es que ninguno de nosotros olía a rosas. Apenas encontrábamos agua para beber, como para «malgastarla» aseándonos.

Para mi sufrimiento, conforme nos acercábamos a Madrid, a mi padre pareció poseerle el espíritu de madridista insufrible, y nos deleitaba (sobre todo a mí) con la narración de partidos donde los blancos destrozaban al otro equipo. Escuché nombres de jugadores que no había escuchado en mi vida junto con otros que sí me sonaban por famosos. En una de estas narraciones, mi padre se emocionó tanto que quiso emular el gol de cabeza de no sé qué jugador en el minuto noventa y uno, y por poco acabamos con el sidecar volcado en la cuneta.

Nada de estos «divertidos» momentos hacía presagiar que nos íbamos a

llevar el susto de nuestras vidas. La protagonista: Manuela.

Más o menos habíamos cumplido nuestro objetivo y habíamos avanzado por la A-4 hasta la altura de Bailén. El día había acompañado porque, aunque hacía sol, la temperatura no habría pasado de unos veinticinco o veintiséis grados. De nuevo decidimos hacer parada en una gasolinera. Una BP que además tenía cafetería y varios coches abandonados a su alrededor, oxidándose bajo la mirada impasible del paso del tiempo (joder, me estoy haciendo escritor de verdad). Entramos, yo con mi padre a caballito, inspeccionamos como hacíamos siempre y, cuando vimos que el lugar era seguro, nos acomodamos dispuestos a dar buena cuenta de la comida en lata.

Rafael comió con bastante prisa y, excusándose, salió por patas.

—El gordo se caga.

—¡Papá! Se llama Rafael, joder.

—Y está gordo como una ballena.

—¿Y? ¿A ti te gustaría que te llamaran todo el rato tullido?

—Seré tullido, pero no estoy gordo, gilipollas.

Cuando discutía con mi padre de estas cosas recordaba la famosa frase de Mark Twain: «Nunca discutas con un idiota, te rebajarás a su nivel y te ganará por su experiencia». Comí rápido y me levanté para dar una vuelta por los alrededores. Nunca se sabía dónde uno iba a encontrar algo de valor. Marta hizo lo propio y se vino conmigo. La niña se quedó con mi padre, que ya estaba contándole una batallita de las suyas. Ni más ni menos de quién había fundado el Real Madrid en 1902.

—¿Qué tal?

Marta me hizo la pregunta mientras rebuscaba en un par de taquillas donde encontró unas vendas. Me las enseñó, sonrió y se las guardó en la mochila.

—Bien, bien. ¿Tú?

—Bien también —respondió con una sonrisa—. Oye, a lo mejor soy un poco bocazas o no es el momento, pero me contó tu padre lo que ocurrió con tu mujer y tu hijo. Solo quiero que sepas que lo siento mucho.

Lo reconozco, me pilló a contrapié. No esperaba una conversación «de ese tipo» en aquel momento. También me sentó muy mal que mi padre fuese contando mis intimidades. Iba a tener una charla con él más tarde.

—Muchas gracias. Aunque, no es algo de lo que me guste hablar.

Hice amago de meterme dentro del baño de chicos de la gasolinera, pero lo vi absurdo. No tenía por qué huir de Marta. Tan solo había tratado de ser amable. Lo que dijo a continuación, me dejó impactado.

—Yo creo que mi marido también está muerto.

—Joder, no digas eso —respondí—. Lo mismo…

—Le conozco lo suficiente para saber que, si estuviera vivo, habría vuelto con nosotras.

—¿Y por qué vas a Madrid entonces? ¿Por qué corres ese peligro?

—Por Manuela, por supuesto —dijo con rotundidad—. Tiene todo el derecho del mundo a saber qué ha pasado con su padre.

Ante eso, poco reproche cabía.

—Pero… ¿cómo le vas a encontrar? —pregunté—. No estamos en los tiempos del móvil. No hay internet, no hay modo de comunicarse con nadie.

—Lo último que sé es que habían llevado a El Goloso al ministro de Defensa y tenían orden de protegerle. Si hay una respuesta, creo que la encontraré en esa base militar.

—Te acompañaremos —dije con total convicción—. Estoy seguro de que mi padre no pondrá pegas, le habéis caído muy bien.

Ella puso una mano encima de la mía, sonrío y, cuando iba a decir algo más, oímos un grito proveniente del exterior: el grito de Manuela.

Marta y yo corrimos hacia donde la habíamos dejado con mi padre. El viejo se estaba arrastrando con los brazos y el culo hacia la puerta de la gasolinera.

—¿¿Y la niña??

—¡Se fue de mi lado! Le dije que…

No le escuchamos. El grito había venido de fuera, así que salimos y nos encontramos con el percal. Manuela estaba junto a un coche con la puerta

abierta. Saliendo de él había un zombi. En sus tiempos el tipo debía de ser jugador de la NBA. Imponía mucho ver a un zombi de casi dos metros de altura, vestido con un traje a medida y corbata.

Y lo peor es que se estaba abalanzado sobre la niña y no íbamos a llegar hasta ellos ni de broma.

—¡Manuela!

El grito de una madre desesperada. Yo corrí para intentar salvarla. La niña trastabilló hacia atrás y cayó de culo al suelo. Estaba aterrada, y hubiera estado muerta si, de repente, Rafael, nuestro gran ninja, no hubiera caído catana en mano desde lo alto de la azotea de la gasolinera encima del puñetero zombi. El hijo de puta casi lo parte por la mitad. Jamás hubiera imaginado que, fuera de las películas, aquello fuera posible. El espectáculo parecía sacado de una película gore. Rafael, tras caer, rodó por el suelo en un movimiento aparentemente imposible para una persona con sobrepeso. Pero ahí estaba el tío, ileso y con el zombi «más muerto» todavía.

Marta aterrizó sobre la niña y la abrazó, examinándola al momento para ver si había sido mordida. Cuando vio que Manuela estaba intacta comenzó a darle besos por toda la cara.

—¡¿Por qué abriste la puerta del coche, hija?!

—Mamá, vi una piruleta, quería cogerla…

Yo me había acercado a ellas y estaba de rodillas, echando ojeadas al puñetero zombi abierto en canal. Mi padre había conseguido arrastrarse hasta la puerta y nos miraba con cara de preocupación.

—Ha sido culpa mía —dijo—, tenía que haberla agarrado…

Marta se giró, le miró enfadada, pero su gesto cambió en unos segundos y sonrió.

—No ha sido culpa tuya, Paco —respondió—. Ha sido mi culpa. Es mi hija, es mi responsabilidad, no la vuestra.

Aquella última frase me dolió un poquito, la verdad. Porque estaba empezando a sentir que formábamos un grupo y que teníamos el acuerdo implícito de cuidarnos unos a otros. Pero preferí no abrir la boca. No era

momento de discusiones.

—Vaya, parece que no solo había una piruleta en el coche.

Nos dimos la vuelta. Rafael tenía una piruleta en la mano y en la otra una garrafa de diez litros llena de algo líquido.

—No me jodas que es gasolina —se lo dije sin acabar de creérmelo, pero él asintió con una sonrisa.

—Lo es. La he olido —respondió—. El tipo habría venido aquí a comprarla. Hay otra garrafa más en el maletero.

Y fue así como, después del susto, vino la alegría. Comprobamos que el coche del jugador trajeado de la NBA (un BMW Serie 3) arrancaba después de varios intentos. Amigo, no sé qué coño hacías en la gasolinera, ni por qué te quedaste encerrado en el coche y moriste allí dejándonos ese tesoro, pero gracias. Gracias de todo corazón.

El resto es historia. Cortamos el hierro que unía la silla de ruedas de mi padre a mi bicicleta con una sierra para metal que llevaba Marta en su mochila (yo bromeé con que su mochila parecía el bolsillo de Doraemon) y subimos todo al maletero (que había que llevar abierto porque no cabían bien las bicicletas). Yo me senté en el asiento del conductor y ya dentro e incorporándonos a la autovía, mi padre le dijo a Rafael.

—Nunca más te voy a volver a llamar gordo.

[…]

Hemos tardado tres horas en llegar a Madrid. Ya es de noche y estamos en Tres Cantos, cerca de El Goloso. Vamos a dormir aquí y mañana, descansados, visitaremos el cuartel en busca del marido de Marta y padre de Manuela. Todos estamos de acuerdo en que esa es nuestra siguiente misión antes de visitar el Bernabéu.

Me duele escribir esto, porque me gusta Marta, pero ojalá encontremos con vida al buen hombre. Ellas lo merecen.

CAPÍTULO 11
PROBLEMAS

Vosotros no tenéis manera de saberlo, pero llevo sin escribir en esta libreta dos días. Hemos tenido problemas. Problemas serios. No os adelanto nada más, mejor paso a desgranar lo que han sido estos dos duros días.

Lo primero de lo que nos dimos cuenta al llegar a Tres Cantos es que aquí, poca broma. Zombis por todos lados. Había tantos que formaban grupos, algunos bastante grandes. Con el coche habíamos callejeado un poco para ver la situación y decidimos que no podíamos dormir allí por el peligro que representaban aquellas hordas. ¿Cómo describiros la ciudad? Imagino que todos habéis visto películas de zombis o series como *The Walking Dead*… coches atascando vías completas, barricadas en mitad de avenidas, desorden, caos, suciedad, escombros, esqueletos. Pareciera que más que un apocalipsis zombi nos hubiera pasado por lo alto una guerra mundial.

Fue duro volver a ver aquello, porque cuando yo lo viví, eran los primeros días del apocalipsis. Ahora lo pensaba y el ser humano había perdido y los zombis habían ganado. Si lo analizabas, la guerra no había sido el hombre contra el zombi, sino el hombre contra un virus altamente contagioso. Teníamos todas las de perder.

También vimos a gente, no muchas personas, pero sí algunas. Corrían de aquí para allá por las calles, esquivando a los zombis, disparando alguna vez. Si se fijaron en nosotros no mostraron signo alguno de querer atacarnos o de establecer contacto. Más bien nos rehuían. Entiendo que en este nuevo mundo es complicado establecer nuevas «amistades». Con Marta, Manuela y Rafael habíamos tenido mucha suerte.

Como os decía un poco más arriba, nos cobijamos en una casa a las afueras, junto a la carretera. Ya no nos quedaba mucha gasolina, para nuestra desgracia. Pero habíamos decidido que, durante nuestra visita a El Goloso,

buscaríamos más. No me quería ni imaginar volver de nuevo a Ojuelos Altos dándole a los pedales o empujando la silla de ruedas de mi padre. Total, que esa noche nos fuimos temprano a dormir, nerviosos y excitados por lo sucedido durante el día y preguntándonos qué ocurriría al día siguiente con nuestra visita a la base militar. ¿Encontraríamos al padre de Manuela o al menos alguna pista de lo que había podido pasar con él?

[…]

Al día siguiente madrugamos y nos pusimos en marcha por la autovía M-607. La base de «El Goloso» se encontraba a la altura del kilómetro diecisiete, entre Madrid y Tres Cantos. El terreno donde estaba instalada la base era suave y extenso. Marta nos dio una clase improvisada sobre la base mientras íbamos en el coche. En su día el acuartelamiento albergaba a la Brigada de infantería acorazada «Guadarrama XII». También se encontraba allí el museo de Medios Acorazados del Ejército de Tierra. Las últimas noticias de las que disponía antes de perder el contacto con su marido eran que la base permanecía segura. Aunque había sufrido varios «brotes», habían sido contenidos. Todos escuchamos su explicación en silencio. Estábamos tensos ante la incertidumbre de lo que pudiéramos encontrarnos en el cuartel.

Mi padre se tiró un cuesco y no se esforzó en disimularlo.

—No puedo guardarlo o luego me siento mal.

Lo dijo en serio, después se encogió de hombros. Manuela se tapó la nariz y comenzó a agitar la otra mano indicando que el nivel de pestilencia era demasiado elevado por su delicado olfato. Marta alzó las cejas y negó con la cabeza.

—Estamos llegando —indicó.

Desde luego, si alguna vez aquel lugar había sido seguro, hacía tiempo que había dejado de serlo: tanques empotrados contra la alambrada con cadáveres floreciendo por las escotillas, edificios y naves con partes derrumbadas o negras por acción del fuego. Esqueletos desparramados por

doquier (qué bien escribo, pero qué yuyu me estaba dando aquel lugar). Escombros, armas destrozadas, cascos con agujeros de bala. Yo no podía dejar de imaginar las batallas que allí habían acontecido, pero la cara de Marta expresaba todo lo que barruntaba su interior. Había perdido la esperanza.

Me doy cuenta de que mi tono para este «capítulo» está cambiando a algo más oscuro. Lo siento mucho, me está saliendo así, porque soy incapaz de encontrar un tono que dé humor a lo que estábamos viviendo. De verdad que no quiero adelantar acontecimientos, pero lo hemos pasado mal. Perdonad, sigo.

Decidimos dejar el BMW aparcado fuera, en la autovía, por si teníamos que salir por patas. Íbamos a permanecer juntos en todo momento. Nada de separarnos en grupo como en las películas, que todo el mundo sabe cómo acaban ese tipo de decisiones. Entramos con las armas en alto. Marta llevaba uno de los cetmes que había cogido en el cuartel del Muriano, yo llevaba la pistola, mi padre la escopeta, Rafael su catana y Manuela la piruleta en alto (mi padre le había dicho que los zombis preferirían comerse la piruleta que a ella). Caminar por aquel desastre me puso un poco los cataplines de corbata, pero tenía claro que debíamos ayudar a Marta y Manuela. Estoy seguro de que ellas hubieran hecho lo mismo por nosotros.

La verdad es que no había zombis a la vista. Y, aun así, no podía dejar de sentir que algo iba mal.

—Por aquí. Miguel me enviaba fotos desde el móvil y creo que su barrancón era aquel.

Hizo una indicación con el cetme y la seguimos. Todos haciendo piña, hombro contra hombro, pierna contra silla de ruedas. Avanzábamos centímetro a centímetro, respiración a respiración. Tensos. Si un conejo hubiera pasado por delante nuestra lo hubiéramos destrozado a disparos y como regalo Rafael lo habría partido por la mitad con su catana.

—¿Os he contado cuando David Beckham metió un golazo al Barcelona de tiro libre en 1998?

Del susto que me dio escuchar a mi padre disparé sin querer. Menos mal

que tenía el arma apuntando al cielo.

—¡Hostias, papá!

Mi padre se sujetó el corazón, parecía a punto de sufrir un infarto.

—¿¡Pero tú eres gilipollas!? ¡¡Nos vas a matar!!

—¡Pero para qué coño te pones ahora a hablar de fútbol! ¿tú crees que es buen momento?

—¡Chiss! —indicó Marta—. He visto movimiento allí.

Señaló hacia lo que parecían unos barracones. No vi nada, pero avanzamos hacia donde dijo. Yo no paraba de echar miradas de mala leche a mi padre, que me sacó el dedo corazón en varias ocasiones. Dios, íbamos a morir, creo que lo tenía más que claro. Cuando llegamos al barracón, la puerta estaba abierta y dentro no se oía nada. Marta echó un rápido vistazo desde el umbral y, tras hacer una ligera comprobación, hizo un gesto con la cabeza para que entráramos y ella hizo lo propio. Por toda la inmensa nave había camas formando barricadas, sábanas colgando del techo, mierda, pintadas, ropa militar.

—He visto clases en peor estado antes del apocalipsis —bromeó Marta con nerviosismo.

Fuimos avanzando poco a poco, hasta que en el centro del barracón vimos algo que nos dejó sin aliento. En medio de una red había un brazo amputado a la altura del codo. Perdonad la expresión, pero no parecía «fresco». Era como si estuviera ya pudriéndose. Y no veáis cómo olía.

—¡Puaj! —Manuela se tapó la nariz.

Marta no había hecho amago ni de taparle los ojos. A saber qué atrocidades había visto ya esa niña. Me dio mucha lástima.

—Una trampa para zombis —dijo Rafael bordeándola.

—Pasemos por al lado.

Lo dije poniéndome en marcha, tomando yo la iniciativa casi por primera vez. Y en buena hora, joder. En cuanto pasamos *por al lado*, todos juntitos, activé con mi pierna una trampa de estas que son de un hilo que cruza el suelo de lado a lado. Menos mal que no cayó ningún hacha gigante del techo ni

nada de eso. Lo que sí cayó sobre nosotros fue una red enorme. No pudimos escapar a ningún lado. La red nos inmovilizó por completo.

—¡Que ninguno dispare! —ordenó Marta—. ¡Podemos darnos unos a otros!

—Eso, ¡que nadie dispare! Si no, os dispararemos nosotros también —añadió una voz desconocida.

A través de las redes pudimos ver cómo varios hombres, militares por sus ropas, salían de detrás de colchones apoyados contra unos camastros. Iban armados hasta los dientes.

—¡Quitadnos esto de encima, imbéciles, u os meto los cetmes por el culo!

Mi padre no pudo decir nada más. De un culetazo de cetme lo dejaron *ko* en el sitio.

—Pero ¡qué hacéis, hijos de puta!

Fue lo último que pude decir yo antes de que me dieran a mí otro y me pusieran a dormir una siestecita.

[…]

No recuperé la conciencia de golpe, sino que fue poco a poco. Al principio oía ruido de fondo, pero era como si el sonido estuviera en otra galaxia. Al cabo de un rato identifiqué que eran voces, aunque apenas reconocía alguna palabra suelta. Entreabrí los ojos y solo vi bultos. Hasta que esos bultos se convirtieron en mis compañeros de viaje. Estaban maniatados, con la espalda apoyada contra la pared. En seguida me di cuenta de que faltaban Marta y Manuela.

—¿Dónde… dónde?

—Vaya, por fin despierta la princesita —respondió mi padre, que tenía un chichón enorme en la sien derecha.

Yo estaba tumbado de lado y con sumo esfuerzo y un dolor de cabeza tremendo (seguro que con un chichón tan grande como el de mi padre),

conseguí sentarme y apoyar también la espalda contra la pared. Al fondo de la habitación había unos esqueletos. No éramos los primeros en acabar en aquella «celda».

—Se las han llevado. Decían que las quería ver su sargento… —respondió Rafael.

—Mierda… ¡tenemos que ayudarlas!

Me sentí impotente. ¿A quién coño íbamos a ayudar? Habíamos caído en una trampa cutre, estábamos maniatados y encerrados en una habitación que hacía las veces de celda. Vaya fracaso, la Compañía del Anillo no había podido llegar al Monte del Destino. ¿Habían acabado nuestras aventuras? ¿Íbamos a morir allí? ¿Qué les estarían haciendo esos desgraciados a Marta y Manuela?

—A ver, gor… Rafael, ¿tú no eras ninja? —preguntó mi padre—. ¿No tienes truquitos de esos de ninja?

—A decir verdad, sí, Paco —respondió él—. Pero necesito vuestra ayuda. Tenéis que poner vuestras espaldas contra la mía y cubrirme para que no me puedan ver desde la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté entre nervioso y esperanzado.

— *Hay cosas que no se cuentan y mueren en el corazón.*

—Vaya… ¿esa de quién? ¿De Séneca? —preguntó mi padre.

—No, de Alejandro Sanz. Y ahora, tapadme.

Procedimos a hacer lo que Rafael, el gran ninja blanco, nos indicó. En segundos le cubrimos y él empezó a moverse como un gusano, a hacer ruidos extraños, una mezcla de dolor y placer. Yo imaginé que se estaba dislocando los pulgares para poder deshacerse de las ataduras, como había visto en cientos de películas de acción. Menudo fenómeno estaba hecho el tío. Le admiraba. Sin duda era…

—¿Qué coño te estás sacando del culo, mariconazo?

Mi padre se había girado y miraba a Rafael con repugnancia. Yo me giré también y le vi con los pantalones y los calzoncillos a la altura de las rodillas.

—¡Por favor, mirad hacia adelante y cubridme!

Yo prefería no mirar más. Mi padre meneaba la cabeza mientras mascullaba un «No, no, no, no». Parecía en shock. A los pocos segundos sentí cómo Rafael cortaba las cuerdas que me apresaban. Después, hizo lo propio con mi padre, que le dijo que no se acercara a menos de diez metros de él.

—A ti te cabe en el culo el AVE derrapando, chaval…

Fue lo más bonito que le dijo, pero, al fin y al cabo, Rafael volvía a salvar una situación más que complicada. Me daban igual sus métodos, era un ninja efectivo, era el Clint Eastwood de los ninjas, y eso era lo que me valía. ¿Qué se había sacado un *shuriken* de esos del culo y ahora sus manos olían a mierda? ¡Qué más daba! Tampoco teníamos tiempo ni opciones de ponernos finolis.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté a Rafael.

—Poneos detrás de mí —indicó este.

Cargué a mi padre a caballito e hicimos lo que nos dijo. La puerta estaba cerrada, pero duró poco así, porque Rafael desmontó el picaporte y la abrió. Este hombre era una caja de sorpresas, estaba por preguntarle si también sabía hacer ganchillo. Antes de abrir nos hizo una indicación con el dedo índice para que guardáramos silencio. Primero se asomó él al pasillo, después se adentró en él y yo le seguí. Junto a la puerta había un guarda dormido en una silla. El gran ninja blanco se acercó a él y de un certero golpe en el cuello, digno de Bruce Lee, le hizo caer a un lado.

—¡Vaya hostia le ha soltado! —Mi padre saltó de alegría sobre mi lomo.

—¡Joder! ¿le has matado? —pregunté.

Estaba flipando pepinillos.

—No, no, digamos que he alargado su siesta unas horas —dijo nervioso —. Ayudadme a atarle.

Cuando nos pusimos a la tarea me di cuenta de que el militar no respiraba. Le intenté tomar el pulso y no tenía.

—Tío, que lo has matado —le dije.

Noté que Rafael se ponía tenso y algo más nervioso.

—*Na*, es que está respirando flojo.

—Se nota que es tu primera muerte —dijo mi viejo—. A todos nos pasa la primera vez.

—Pero si tú lo más cerca de matar a alguien que has estado ha sido a mí con la peste de tus pedos, fantasma —respondí.

En fin, aquel tío estaba fiambre y creo que Rafael lo sabía. Pero no iba a ser yo quien le contradijera, no fuese a ser el próximo en recibir un sopapo mortal del gran ninja blanco.

Una vez atado el cadáver, avanzamos por un pasillo vacío que daba a varias oficinas más. En una de ellas, al fondo, escuchamos un pequeño y monótono traqueteo. Nos fuimos acercando despacio, aguantando la respiración. Rafael llevaba el *shuriken* en alto y yo no podía dejar de mirarlo. Al menos era alargado y no de estos con forma de estrella. Digo yo que además lo tendría metido en una bolsita embadurnada con vaselina, porque si no qué dolor.

Cuando llegamos la puerta estaba entreabierta y vimos cómo uno de los militares se estaba masturbando con una revista en la mano.

—¡Tiene una revista porno! —gritó mi padre.

El militar, alertado, saltó de la silla intentando agarrar la pistola de su cinto, pero como este le quedaba a la altura de los tobillos, a Rafael le dio tiempo a lanzarle el *shuriken* y clavárselo en el medio de la frente.

El militar trastabilló y cayó hacia atrás.

—¡¿Qué, a este tampoco lo has matado?! —le pregunté a grito pelado a nuestro amigo ninja.

Se encogió de hombros, incómodo, y soltó una de las frases más manidas del mundo, y no por ello carente de razón.

—Era él o nosotros.

—¡La revista, la revista!

—¡Papá, joder! —exclamé—. ¿Cómo puedes pensar en eso ahora?

—Que me la cojas, coño. Eso ahora mismo es un tesoro. Una reliquia de una civilización extinta.

—Mira el viejo, que puede expresarse bien cuando quiere… —respondí.

Hice lo que me pedía y se la guardó debajo de la camisa con una sonrisa ladina que no creía haberle visto nunca. Yo cogí la pistola del militar y Rafael recuperó su *shuriken*. Continuamos avanzando por el pasillo. Al fondo había otra puerta que daba a una especie de pista deportiva cubierta con portería, pelotas de fútbol y de baloncesto. La cruzamos y llegamos a otra puerta. Al otro lado escuchamos la voz ronca de un hombre. Más amortiguada, la de una mujer: Marta.

—¡Están aquí! —susurré.

Dejé a mi padre en el suelo y Rafael se acercó a mí.

—A la de tres, entramos —indiqué—. Pero, tío, intentamos no matar a nadie así de primeras, ¿vale?

Rafael asintió con movimientos enérgicos. Ya no me fiaba de que pudiera cumplir mis indicaciones, pero qué remedio. Al menos el tío seguía siendo la hostia de efectivo. Nos acercamos más a la puerta, conté hasta tres con los dedos y de un empujón la abrí de par en par.

—¡Las manos arriba! —grité como si aquello fuese un atraco.

La verdad es que no esperaba encontrarme con lo que me encontré. Marta y un militar que reconocí por sus divisas como un alférez, hablaban tranquilamente, sentado uno enfrente del otro. Manuela jugaba con unos muñecos en el suelo.

—¡Tranquilos, tranquilos! —exclamó Marta, levantándose de su asiento —. Son amigos, no van a hacernos daño. Conocían a mi marido…

La voz se le quebró y yo me di cuenta de que nos habíamos metido en un tremendo lío.

—¡Amigos un carajo! —gritó mi padre desde la puerta.

Rafael seguía con el *shuriken* en alto, atento a cualquier movimiento del militar.

—Ante todo ruego que perdonéis a mis hombres —dijo el alférez—. Estaba fuera y cuando no estoy aquí se ponen un poco nerviosos. Soy Ramón Velasco, ahora mismo la máxima autoridad militar en El Goloso. Hace un rato ordené a uno de mis hombres que fuese a soltaros, una vez resuelto el motivo

de vuestra visita. Somos todos amigos.

Imaginé que el militar al que había enviado a soltarnos era el pajillero y los huevos se me pusieron de corbata. Escuché la risa de mi padre. Dios, qué cagada.

—Ramón era amigo de mi marido —dijo Marta—. Desgraciadamente él…

Miró a la niña y se le empañaron los ojos. No hacía falta que dijera más, su marido había muerto. Me acerqué a ella y la abracé con fuerza. Marta, al principio, pareció confusa, pero después se apretó contra mí buscando consuelo.

—Lo siento mucho, de verdad —le dije.

Y así era. Puedo jurar que me hubiera intercambiado por aquel hombre. Yo ya no tenía prácticamente nada en este mundo, pero él tenía una mujer y una hija encantadoras y muy valientes. Pero qué os voy a contar de la puta vida, tetes. Que es de todo menos justa.

—Un momento… ¿y el militar que os fue a soltar? —preguntó el alférez —. Le dije que os trajera hasta aquí.

Lo dicho, se me pusieron los huevos por corbata. Me imaginé delante de un pelotón de fusilamiento con los ojos vendados.

—Bueno… —empecé, pero mi padre se adelantó.

—Pues dijo que le cubriéramos, que iba a pelársela con una revista porno.

El alférez Ramón Velasco se echó hacia atrás sorprendido, después prorrumpió en carcajadas.

—Luego hablaré con él —dijo cuando pudo contener la risa—. Les doy manga ancha, pero esto me parece demasiado.

—Esto… bueno, Marta, yo creo que deberíamos irnos ya —dije intentando aparentar normalidad—. Recuerda lo del sueño por cumplir de mi moribundo padre…

Marta me miró extrañada y yo le hice gestos disimulados con la cabeza hacia un lado. Ella me observó, luego también miró a Rafael, que parecía no

saber dónde meterse.

—Ah, sí, eso… —Sin duda aquella mujer era brillante.

—¿A qué tanta prisa? —preguntó el militar—. Podéis hacer noche aquí, cenar tranquilos y eso. Aquí estaréis algo más protegidos. ¿Dónde vais?

—¡Al Bernabéu!

Me cagué en mi padre y en todos sus ancestros por ser tan bocazas. Si conseguíamos salir de aquella base con vida, los militares ya sabrían donde buscarnos. A veces me preguntaba seriamente si mi padre no tenía algún tipo de discapacidad mental. Prefería pensar eso a creer que era un gilipollas del tamaño de un libro Guinness.

—Nada, no le haga caso a mi padre, que chochea —respondí—. Demasiado fútbol en su antigua vida…

El militar asintió lentamente y me observó con suspicacia.

—Bueno, en todo caso, la invitación sigue en pie.

—Y nosotros estamos muy agradecidos, créame. —Las pelotas en la garganta casi no me permitían pronunciar bien—. Pero tenemos que irnos ya, de verdad.

Recogí a mi padre del suelo (gracias a Dios que está como un palillo) y me lo volví a cargar a la espalda. Marta dio las gracias al alférez por todo y juntos nos dirigimos a la salida. El alférez me estrechó la mano con firmeza, en la puerta de su oficina.

—De nuevo, os pido disculpas por la recepción —di-jo con seriedad—. Nunca sabemos a qué nos vamos a enfrentar. Y si os sirve de consuelo, algún día restituiremos el orden perdido y todo volverá a la normalidad.

Iba a soltarle la mano, pero el hombre la sujetaba cada vez con más fuerza. Sentí que, si me apretaba un poco más, me rompería un par de dedos como mínimo.

—Ha sido un placer, alférez Velasco. —dije con mi voz más falsa.

Estaba cagado de miedo. Para mi alivio, el hombre me soltó la mano enérgicamente. Comenzamos a caminar con rapidez, con la mirada del alférez clavada en nuestra espalda. Cuando salimos casi respiré aliviado. Y digo casi

porque de algunos tejados comenzaron a saludarnos militares que estaban allí apostados, seguramente como francotiradores.

—Ya me podéis explicar qué coño ha pasado —susurró Marta poniéndose a mi altura.

—Digamos que Rafael se ha esmerado demasiado en liberarnos.

—¿Cómo?

—Que el gordo se ha cargado a dos de esos soplapollas, vaya —espetó mi padre.

—¡Pero Paco, que dijiste que ya no me ibas a llamar gordo más!

—Pero… pero… ¿los habéis matado? —preguntó Marta estupefacta.

—¡¿Y nosotros qué sabíamos de sus intenciones?! —pregunté levantando un poco la voz.

Marta apretó el paso, con la niña agarrada de la mano y casi volando por la fuerza que ejercía la mujer.

—¡Pero disimula! —le dije—. ¡No corras!

A nuestra espalda, lejos, nos llegó un grito:

—¡Parad, hijos de puta! —el alférez Ramón Velasco corría hacia nosotros.

—¡Ahora sí, corred! —ordené yo haciendo lo propio.

Nos empezaron a llover balas, pero para nuestra suerte los militares parecían haber entrenado en el mismo campo de tiro que los *stormtroopers*. No daban ni una. Pero vamos, nosotros es que parecíamos primos del correcaminos. En unos segundos estuvimos todos montados en el coche. Lo arranqué a la primera, y menos mal, porque a pocos metros de nosotros, en la entrada, el alférez y varios militares nos disparaban y gritaban.

En esta ocasión sí que dieron al coche, pero para nuestra suerte, en ningún sitio «letal» para el coche. Así que nos alejamos de El Goloso a más de ciento cuarenta kilómetros hora.

Totalmente alterados y sin ganas de pensar mucho, decidimos que volveríamos al mismo sitio donde habíamos hecho noche.

Y… aquí estamos. Marta nos contó lo que le había pasado a su difunto

marido. Había muerto en una misión para proteger al mismísimo Presidente. Al parecer, querían trasladarle a un búnker seguro, pero nadie sobrevivió. Una pena. No sabía cómo contárselo a Manuela, que apenas prestó atención a la conversación de su madre con el alférez.

Tras la cena, Marta acostó a la niña y se vino al sofá conmigo. Se echó sobre mi regazo y se puso a llorar. Yo no pude hacer otra cosa que acariciarle el pelo hasta que se quedó dormida. Después, le eché una manta por encima y me vine aquí a escribir esto. Ha sido un día muy duro y peligroso. Siento que apenas me quedan fuerzas y que debo dormir como mínimo un par de días.

Aquí lo dejo, compadres. Hasta mañana.

CAPÍTULO 12
CONFESIONES HIJOPUTESCAS

Aquí estoy de nuevo, escribiendo antes de que acabe el día. En concreto, son las dos y media de la tarde. Necesitaba soltar lo que ha pasado hoy antes de la noche, porque estoy que no me lo creo. Allá vamos.

Me desperté temprano, mi padre y yo compartíamos una habitación que tenía baño. Él se había despertado ya y, como su silla estaba encajada en la puerta del baño, supe que estaría ocupándolo él. Así que me quedé tumbado en la cama, pensando. A veces le doy cien mil vueltas a las cosas, y no sé si eso es bueno o malo. Creo que no es tan bueno porque no te permite avanzar. En cualquier caso, no tuve mucho tiempo para mí mismo porque me dio un apretón de cuidado. De estos que te dobla en dos del dolor.

—¡Papá! ¿Puedes salir ya?

No obtuve respuesta, así que intenté superar esos momentos jodidos que te dan cuando te estás cagando las patas abajo. Como se me escapó un pedete, temí lo peor.

—Papá, joder, que me estoy cagando vivo.

Silencio. A ver, no estábamos tan lejos como para que no me estuviera escuchando. Sinceramente, me preocupé. ¿Y si se había caído o algo en el baño? Aquel piso no estaba adaptado a personas con problemas de movilidad, aunque mi padre siempre fue muy bruto y tiene una fuerza que ya la quisiera para mí. Joder… ¿y si el cáncer se lo había llevado ya así de golpe? No me iba a comer más la cabeza. Di un salto de la cama y corrí al baño. La puerta estaba entreabierta, la empujé y… me lo encontré cascándosela con la revista porno que había mangado al militar muerto el día anterior. Mi padre dio un brinco sobre el váter cuando me vio y se tapó sus partes pudientes.

—¡Papá!

—Pero ¡¡¿qué haces ahí mirando?!! ¿Eres un *voyogurt* de esos?

—¡Pero qué coño voy a ser! ¡Te estoy hablando y no contestas!

—¡No te he escuchado, hostia! ¡Estoy concentrando!

—Ya, ya lo he visto… madre mía —respondí—. Papá, me estoy cagando. ¿Puedes salir si has terminado de menearte la sardina?

—¿No puedes darme cinco minutos más? A esta ya le he cogido cariño —dijo señalándome una chica morena de la revista que, desnuda y en una pose sugerente, sujetaba una manguera del surtidor de una gasolinera.

—¡Que me cago!

—Vale, vale, joder, qué prisas…

Dos o tres minutos después él estaba fuera del baño y yo dentro. Bueno, no voy a describir la sensación de «soltar lastre» cuando ya no aguantas más porque todos la conocéis. El caso es que mi padre comenzó a hablarme desde el otro lado de la puerta y, así, de esta manera tan surrealista, comenzó mi cabreo monumental.

—Hijo… tengo que contarte una cosa.

—¿Y no puede esperar, papá? —dije mientras apretaba—. Creo que no es el mejor momento…

—Lo que ha pasado estos días, me ha hecho pensar… necesito confesarte algo.

—¿Tú, pensar? —Aunque bromeé, me sorprendía el tono de seriedad de mi padre. Un tono y unas palabras que nunca empleaba.

—Hijo, no tengo cáncer.

—¿Cómo?

No supe qué pensar. Con mi padre, nunca se sabía. ¿Pero iba a bromear sobre algo tan serio?

—Que no tengo cáncer, coño. Que me lo inventé.

No voy a describir aquí los pasos que di antes de salir del baño más cabreado que un mono con una metralleta y plantarme delante de él con la vena del cuello palpitándome.

—Estás de broma, ¿no?

Él negó con la cabeza. Estaba apesadumbrado, pálido. Casi que no reconocía al cabronazo de mi padre. Estaba encogido en su silla, le costaba sostenerme la mirada y tamborileaba con un dedo sobre el apoyabrazos.

Era… frágil.

—No, hijo, y lo hice por ti.

—¿Por mí? —grité perdiendo el control—. ¿¿Me estás diciendo que hemos emprendido un viaje peligrosísimo de cientos de kilómetros al Bernabéu por mí??

Mi padre tenía los ojos enrojecidos. A punto de llorar. Si no fuese porque estaba fuera de mí, me habría compadecido. Pero aquello era muy fuerte. De repente, levantó la vista y me traspasó con su mirada.

—¡¡Ya estábamos muertos, joder!!

—¿Qué?

—Que nosotros ya estábamos muertos —repitió—. ¿Qué mierda de vida estábamos teniendo? Tú vivías en constante tristeza, viendo los días pasar y esperando el día en que todo acabara. ¿Eso es vivir? Para seguir viviendo así, mejor haríamos estando con mamá y tu hermano.

Me quedé en shock. De verdad que no reconocía al hombre que tenía delante. ¡Si hasta tenía sentimientos! Me costaba comprender cómo una mañana que había empezado con una paja de mi padre en el baño y una diarrea explosiva por mi parte, había terminado con una conversación de ese tipo. Reconozco que me quedé bloqueado. No sabía qué decir. Actué por impulso, me vestí rápidamente y salí de la habitación mientras mi padre me pedía que me quedara y hablásemos.

Marta estaba delante de la mesa, también en actitud pensativa. Cuando vio mi cara preguntó:

—¿Qué ocurre?

No le respondí. Salí a la calle. Ella abrió la puerta y corrió detrás de mí.

—¿Qué ha pasado, señor bibliotecario?

—Necesito estar solo un rato, Marta.

Ella me agarró de las manos y me sonrió con ternura.

—No tienes por qué estarlo. Ya no.

Me la quedé mirando. En una película a lo mejor nos hubiéramos besado, pero esto no era una jodida película americana. Ella se había enterado de la pérdida de su marido el día anterior y yo acababa de descubrir que mi padre me había mentido sobre lo de su cáncer. Estuve a punto de apartarla a un lado y huir, pero sin pensarlo, me abracé a ella y comencé a llorar.

Si algún zombi hubiera pasado por allí ese momento, hubiera visto en nosotros una tapa muy deseable. Pero no. Estuvimos abrazados cinco minutos. Ella intentando consolarme y yo pensando en lo que me había dicho mi padre. ¿Y si el cabrón, después de todo, tenía razón? Me estaba consumiendo en aquella casa. Me autocompadecía e incluso alguna vez había pensado en acabar con aquello quitándome la vida. Y seguramente no lo había hecho porque mi padre estaba conmigo.

Se lo conté a Marta todo y me di cuenta de que no estaba así solo por las mentiras bienintencionadas de mi padre. Me di cuenta de que, desde que murieron mi mujer y mi hijo, no había hablado con nadie del tema. En mi interior se había formado un agujero negro que se lo iba tragando todo poco a poco. Mis ilusiones, mis esperanzas, mis ganas de vivir… todo estaba siendo arrastrado hacia la oscuridad.

—¿Cómo se sobrevive a la muerte de un hijo? —pregunté a Marta.

Ella también tenía lágrimas en los ojos. Qué empatía tenía aquella mujer.

—No tengo la respuesta a esa pregunta, lo siento —se sinceró—. Lo único que puedo hacer es decirte que, aunque sea algo que nunca se supere, todos nosotros estaremos contigo.

Y me besó. No lo esperaba, pero lo deseaba desde el poco de conocerla. Le sujeté la cara y la besé con ansia. Estuvimos perdiéndonos el uno en el otro un rato. Cuando por fin conseguimos despegar nuestras bocas, me preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

Sonreí.

—Tendremos que llevar a ese viejo cabrón al Bernabéu —dije—. Al fin y al cabo, él ha provocado todo esto.

CAPÍTULO 13
¡¡BERNABÉU, ALLÁ VAMOS!!

Antes de volver al piso en el que nos estábamos quedando, tenía que hacer otra cosa. Le dije a Marta que regresara ella sola, que no tardaría. Y, cagado de miedo, esquivando zombis bastante lentos pero que ponían la piel de gallina con sus destartalados dientes y su fétido aliento, encontré una tienda que tenía lo que buscaba. Después, cargado de bolsas, me volví al piso.

Mi padre no había salido todavía de nuestra habitación, así que entré. El viejo estaba en su silla, con la mirada perdida dirigida hacia la ventana.

—¿He sido un cabrón? —me preguntó sin moverse.

—¿Cuándo no?

Se giró hacia mí y vio que le sonreía. Esta nueva faceta de seriedad de mi padre no la conocía, y no es que me disgustara, pero en verdad que no estaba acostumbrado a verle así. Su gesto no cambió. Estaba realmente compungido.

—He sido un mal padre… Creo que…

—A ver, corta, ¿quién es *el moñas* que ha poseído a mi padre? ¡Que salga de ahí ya y me lo devuelva!

Nos reímos los dos. Me senté a su lado, yo en la cama. Con las manos en el regazo y la mirada clavada en ellas como si fuera un niño que ha cometido una travesura, le dije:

—Creo que eres un cabrón, papá —empecé siendo claro—. Pero también creo que tienes razón. Aquello no era vida. Mamá y mi hermano no hubieran querido que estuviéramos así. Juan… —una lágrima se resbaló por mi mejilla — y Sara tampoco lo hubieran querido. Quizá el método que usaste no fue el correcto, pero capto el mensaje, lo acepto y te perdono.

Mi padre me agarró la mano, se limpió una lágrima y lo vi tan frágil… Le quería. Le quería mucho, pero de nuevo fui incapaz de darle el abrazo que

estaba deseando darle. Seguía sin poder romper esa barrera psicológica que me separaba de él.

—Bueno, hijo, me alegro —respondió él—. Ahora quiero confesarte otra cosa…

—¿¿Qué?? ¿Otra?

—Me he vuelto sarasa y me gusta el gordito…

El viejo cabrón insoportable estaba de vuelta.

—¡Papá, joder!

—Jajaja, por poco te lo tragas como la Lewinsky esa.

—Y una mierda —respondí—. Y papá, joder, deja de ser gordófobo, homófobo y machista. Joder, eres como Torrente, pero en versión discapacitado.

—Vaaale, son solo bromas, joder.

—Pues no tienen gracia. Puedes herir a mucha gente, papá.

—Pero si ya no queda mucha gente —respondió—. Vaaaale, no lo haré más, prometido…

—No me fío yo de tus promesas. En Twitter hubieras triunfado. —Le di una palmada en el hombro—. Anda, y ahora ven conmigo, tengo una sorpresa para ti…

Fuimos al salón y allí estaban Rafael, Manuela y Marta. Todos se habían puesto la camiseta del Real Madrid que yo había ufanado unas horas antes en una tienda. Rafael estaba un poco ridículo con su camiseta por encima del traje ninja. Agarré de la mesa la camiseta de mi padre y se la alcancé. Se quedó boquiabierto. Era una antigua con el número siete, de cuando Cristiano Ronaldo jugaba en el Madrid.

—Pero… pero…

—No vamos a ir al Bernabéu sin estar bien equipados, ¿no? —dije a mi viejo.

—¿Y la tuya? —me preguntó.

—Yo jamás me pondría una camiseta del Madrid, pero traigo la mía.

Saqué una camiseta del Fútbol Club Barcelona con el nombre de Messi

en la espalda y me la puse.

—Te voy a desheredar, cabrón.

—Yo también te quiero, papá.

—Dios, me encantan las escenas felices —dijo Rafael.

—Anda gor… Rafael, ven y dame un abrazo.

Ni yo me creí lo que acababa de escuchar. ¿Mi padre estaba cambiando? Y si él podía, ¿por qué yo no?

—¿Yo también puedo? —preguntó Manuela dando saltos.

—¡Pues claro, joder! —respondió el viejo.

Y fue así como todos nos unimos en un abrazo colectivo. Un abrazo que nos recargó de energía y de ímpetu para lo que estaba por venir. ¡BERNABÉU, ALLÁ VAMOS!

[…]

Vale, no todo ha salido tan bien como creíamos. Para empezar, el coche nos dejó tirados al llegar a la Castellana. Y vaya acojone, porque había zombis a cascoporro. Quiero decir, no había miles y miles como cuando empezó todo el apocalipsis, pero sí había decenas pululando por todos lados. Dios, imagino que debía quedar gente viviendo en la capital, pero sobrevivir al día a día debía ser un milagro con tanto podrido pululante por las calles. Aun así, como vi que nos quedábamos sin un chavo de gasolina, me acerqué lo máximo que pude a un antiguo Rodilla que había a la altura de la calle del Padre Francisco Palau y Quer. Como habíamos llamado la atención de algunos zombis, pegué el coche tanto a la puerta del local, que solo podíamos acceder a él abriendo la puerta trasera del lado izquierdo a medias. El coche hizo de barrera entre nosotros y los zombis. He de decir que estos zombis no son como los de las pelis… en cuanto nos metimos al Rodilla y salimos de su campo de visión, se fueron.

—¡Hay muchísimos! —exclamó Manuela.

—¿Y ahora cómo lo vamos a hacer? —preguntó Marta, preocupada—.

Nos hemos quedado sin gasolina.

Era raro en ella esa actitud, pero también comprensible.

—Vaya putada —respondió Rafael.

—¡Ey, pero seguimos teniendo nuestras camisetas del Real Madrid!

—¡Papá! ¡Que esto es serio!

Marta empezó a rebuscar por las neveras, los estantes y las despensas. Seguíamos teniendo algo de comida y agua en las mochilas, pero era verdad que no nos iba a durar mucho tiempo. En la oficina, en un cajón del escritorio, encontró dos botellas de agua de medio litro. Algo es algo. Desde luego, esta mujer siempre sabía sacar algo bueno de las malas situaciones.

—A ver —dijo apoyándose en el mueble—, analizando la situación, poco podemos hacer más que pasar aquí la noche y mañana por la mañana intentar avanzar a pie.

Esta sí era más la Marta que empezaba a conocer.

—¿Y a los que no podemos avanzar a pie se nos discrimina? —preguntó mi padre.

—De verdad, papá, eres muy gilipollas.

—No, es que luego me llamas *gordónono, agarofóbico* y no sé qué más cosas feas. Y vosotros sois peor.

Me eché las manos a la cabeza, pero en verdad echaba muchísimo de menos las absurdeces de mi padre. El viejo cabrón había vuelto.

—La Castellana es más larga que un día sin pan, creo que son como seis kilómetros —dije—. Estamos casi al principio, por lo que creo que nos quedan unos tres kilómetros hasta el Bernabéu.

—Es bien larga —respondió Marta, con la mirada perdida.

—*Eso dijo ella* —me atreví a bromear.

Mi padre soltó una carcajada. No sé cuántos de vosotros, que vais a leer esto, captaréis la referencia. Él seguro que no. Pero puedo decir que me empalmé al soltarla. *The Office* era mi serie favorita antes de que el mundo se fuera a pique.

—¿Cómo? —preguntó ella asesinándome con la mirada.

—¡Lo siento, lo siento, tenía que decirlo!

—Bueno, tampoco son tantos kilómetros… —dijo Rafael, sacándome del aprieto.

—¿Te parece que tres kilómetros empujando una silla de ruedas, con una niña pequeña y con decenas de zombis deseando comerse un bocadillo de lomo humano, no son tantos? —pregunté alzando la ceja derecha.

Rafael se encogió de hombros y sonrió.

—*No hay distancia más larga que la falta de interés* —dijo.

—Ala, ¿también es de Alejandro Sanz? —pregunté cabreado.

—Estamos en un buen lío —interrumpió Marta—. Pero bueno, hemos salido ya de otros. No nos vamos a rendir ahora que estamos aquí.

—*Retroceder nunca, rendirse jamás…* —respondí rápido.

—¿Esa qué es, de Julio Iglesias? —dijo ella.

—¿No conoces la película? —pregunté sorprendido—. ¡Coño, si hasta salía Jean-Claude Van Damme haciendo de ruso malo!

—Yo sí la he visto —respondió Rafael.

—Friiiikaaaaaazoooos —se burló el viejo.

Marta me miró con el entrecejo fruncido. Hora de callarse y hacer la pelota.

—Creo que lo mejor es que pasemos la noche aquí, descansemos lo que podamos y nos preparemos para mañana —dijo—. Va a ser un día jodido.

—Totalmente de acuerdo —respondí.

Comenzamos a extender mantas en el suelo, a revisar que las armas estuvieran bien y esas cosas que hacen los supervivientes antes de doblar la almohada. En un momento dado, Marta se acercó a mí, me agarró con fuerza el culo y me dijo al oído:

—Así que *eso dijo ella*, Michael Scott…

—Dios, ahora sí que creo que me acabo de enamorar.

—Descansa, anda, señor bibliotecario.

—Vale, profe. —Hice un rugido de león algo patético y simulé que la arañaba con mis zarpas.

—Es lo más ridículo que he visto en la vida —dijo mi padre, que se había puesto con su silla detrás de mí.

Y nada, gente, aquí estoy, escribiendo en esta libreta lo que nos ha deparado el día de hoy. Quién sabe, quizá sea la última vez. Quizá no sobrevivamos a mañana. Lo único que sé es que estoy vivo ahora y con una sonrisa dibujada en la boca, y eso es lo que importa. En mi pueblo había una vecina mayor a la que quería mucho y que cuando yo era pequeño y le decía «Hasta mañana», ella respondía «Si Dios quiere». Os digo eso, *hasta mañana si Dios quiere*.

CAPÍTULO 14
EL INDEPENDENTISTA

Sé que soy pesado con lo de no adelantar nada de lo ocurrido durante el día. Y en esta ocasión, tampoco voy a hacer una excepción. Tendréis que leer hasta el final de toda esta historia. Perdonad mi seriedad. Pronto lo comprenderéis.

A la mañana siguiente despertamos cuando el sol empezó a pegar fuerte en el escaparate del Rodilla. Me dolía la espalda, aunque esto ya no era una novedad. Si algo echaba en falta del pueblo, era dormir sobre mi colchón bien duro. Con mi almohada viscoelástica y mis sábanas limpias y suaves. Al parecer no era el único con problemas para dormir, a mi alrededor todos se crujían la espalda con caras de estreñimiento menos Manuela, que ya desde bien temprano estaba con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Hoy vamos a cumplir el sueño de Paco —dijo.

Mi padre sonrió y le acarició la cabeza. La niña le hizo una peineta que escandalizó a Marta, pero que hizo que el resto de todos nosotros lanzáramos una carcajada. Carajo, esa sí que era forma de empezar un día que se presentaba algo más que jodido.

—¿Se te ha ocurrido algún plan durante la noche? —pregunté a Marta, sentándome a su lado e intentando que los demás no se enterasen de mi pregunta.

—Nada —respondió—. Estaba tan cansada que al final me quedé dormida a los pocos minutos de cerrar los ojos.

—Está complicada la cosa.

—Rafael, ¿puedes venir? —preguntó ella.

—Sí, claro.

—A ver… os cuento lo que pienso —abrió su petate, en el que cargaba las armas—. Aquí tengo cetmes, pistolas e incluso alguna granada.

Los cojones se me pusieron como corbata al escuchar esto último. ¿Granadas? ¿Habíamos viajado todo este tiempo cargados con granadas? La hostia.

—Ajá —dijo Rafael.

—El caso es que, como salgamos ahí fuera y usemos algo de esto, todos los zombis en varios kilómetros a la redonda lo escucharán y acudirán al ruido.

—Es lógico —comenté yo.

—Así que solo podemos confiar en la destreza de Rafael y el silencio si queremos llegar con vida hasta el Santiago Bernabéu.

—¡No me jodas! —exclamé yo. Cuando Manuela y mi padre se giraron, me tapé la boca—. A ver, perdonad, no es que no me fíe de las habilidades de Rafael como gran ninja blanco. Pero ¿no os parece que es un plan con fisuras? ¿Y si no podemos contenerlos solo con la catana?

—Pues no nos quedará otra que disparar con todo lo que tengamos y echar a correr.

—No os fallaré, chicos —dijo Rafael poniéndose serio—. Sois mis amigos.

—Solo os quiero decir una cosa —continuó Marta con tono serio—. No quiero que os siente mal. Pero… si las cosas se ponen feas, para mí… mi hija será lo primero. Si tengo que salir por patas con ella… lo haré. Sin mirar atrás.

—Es lo que debes hacer —respondí.

No es que me hiciera gracia la idea de quedarnos sin la posible ayuda de Marta, pero entendía perfectamente la situación. Yo hubiera hecho lo mismo. Cero reproches.

—Bien, pues preparémonos para salir en unos diez o quince minutos.

Rafael fue hacia los baños y yo me disponía a hablar con mi padre, cuando Marta me agarró del cuello y pegó su cabeza a la mía.

—Ni se te ocurra morir, señor bibliotecario.

—Hoy me viene mal, sí.

[…]

Creedme, no es fácil abandonar un lugar seguro para meterse en una avenida enorme plagada de zombis. La parte buena es que, al hacer poco ruido, apenas reparaban en nosotros. Y cuando alguno se percataba de nuestra presencia, lo que hacíamos era detenernos o ir más lentos. Los zombis son tontos de remate. No es que huelan la sangre ni nada parecido. Eso sí, ven sangre y van como pirañas.

La cosa es que, cuando alguno se acercaba demasiado, Rafael les rebanaba el pescuezo con su catana. Eran movimientos rápidos y certeros. Luego todos actuábamos como si allí no hubiera pasado nada y los apestosos no sospechaban. Pero hubo un momento en que, en mitad de la Castellana, teníamos zombis por todos lados. Qué acojone. Admiro a Manuela, tan pequeña y con la madurez y el control suficientes para no salir a correr gritando «Nos comen los zombis». Hasta mi padre se había ahorrado sus chistecitos absurdos.

—No os paréis —susurró Marta.

Y fue así como, una hora después de haber salido del Rodilla y con varios sustos, nos plantamos casi a la altura del Bernabéu, en la avenida de Concha Espina número uno. En el corazón del madridismo. Un edificio imponente y emblemático donde los haya, aunque no seas madridista.

—Es… es… precioso —atinó a decir mi padre, que, con la boca abierta, observaba absorto el estadio.

—Bien, acerquémonos más —dije yo—. Seguro que hay forma de entrar.

Mi viejo avanzó con la silla sin que yo le empujara. Estaba excitado, y sin abrir su revista porno.

—Tenemos que ver el museo —dijo—, la maqueta del Santiago Bernabéu del siglo XXI, la panorámica del estadio, la zona de carnet Madridista, la tienda oficial y, sobre todo, ¡el césped!

—Pareces un niño pequeño, papá. —Manuela me miró con el ceño fruncido—. Y dudo que a estas alturas quede ahí algo de césped, hazte a la

idea.

En pocos minutos nos plantamos delante de la zona sur del estadio. Había varias puertas de acceso marcadas con los números 22, 26, 28, 32 y 34. La número 26 estaba tan destrozada que fue fácil acceder al interior por ella incluso con la silla de ruedas. La verdad es que me sentía feliz por haber llegado hasta allí y que mi padre pudiera cumplir su sueño de pisar el Santiago Bernabéu antes de diñarla (que ahora ya no sería a corto plazo por el cáncer). Pienso en cómo empezó todo, conmigo empujando una silla de ruedas por una nacional en mal estado, y no puedo dejar de sentirme orgulloso por todo lo superado. Cualquiera se hubiera reído de nosotros.

Marta me guiñó un ojo cuando accedimos al interior y me quedé contemplando lo bien que le quedaban los pantalones por atrás.

—¿Me estabas mirando el culo? —La pregunta me hizo gracia.

—Él no sé, pero yo sí.

—¡¡Papá!! —No pude evitar soltarle una colleja—. Tú a clavar los ojos en todo esto, que para eso hemos venido, joder.

Se alejó un poco de nosotros con la silla de ruedas y una sonrisa en el rostro.

—Uy, mírale el celosillo —dijo—. ¿Tienes miedo de que te la quite? No soy tonto, he visto cómo os miráis.

—¡Y yo! —exclamó Manuela.

Chocó las palmas con mi padre.

—Yo los vi besarse —comentó Rafael.

—¡El que faltaba! —espetó Marta riéndose.

Recorrimos varios pasillos hasta llegar al museo. Pese a no ser futbolero, podía entender en cierta manera el sentimiento que embargaba a los verdaderos forofos como mi padre. Allí había salas repletas de trofeos protegidos por vidrios, tanto del equipo de fútbol como del de baloncesto. Fotografías de todo jugador que había pasado por el Real Madrid, camisetas, botas, etc… Todo lo necesario para sentir que el dinero pagado para entrar allí había merecido la pena.

—Esto… esto es el paraíso —dijo mi padre.

Yo sonreí feliz. Decidimos dejarle un poco a su aire, y cada uno se puso a mirar lo que le apetecía, aunque Marta y Manuela estaban muy cerca de mí. Reconozco que a mí todo aquello me interesaba bien poco, pero hice un poco el paripé porque mi padre de vez en cuando me miraba con curiosidad. Sabía que le haría feliz si aparentaba por lo menos que me lo estaba pasando bien. A veces se hace este tipo de cosas por alguien a quien quieres, ya sabéis.

El caso es que nos relajamos. Nos relajamos demasiado. No parecíamos darnos cuenta de que el mundo había cambiado. De que ya no se puede bajar la guardia. Todo empezó con el ruido de cristales rotos en una de las salas de al lado. Salí corriendo hacia el ruido y me encontré a mi padre con cara de no haber roto un plato, pero intentando en vano esconder un enorme trofeo debajo de la camiseta.

—¡Papá! ¿¿Estás intentando robar una copa de la Champions League??

—¿Yo? ¡Anda ya!

—Pero si apenas puedes taparlo, joder.

—Ah, ¿sí? —preguntó enfadado—. ¡Pues me lo llevo a casa!

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Marta, recién llegada.

—Mi padre, que ha sisado una copa de la Champions League de las vitrinas.

—¡Pero Paco!

—¡Es mío! —se defendió él—. ¡Soy el único madridista vivo en este país!

—*Per poc temps…* —dijo en catalán alguien a nuestra espalda.

Nos giramos y vimos a un hombre medio calvo y vestido con la equipación del Fútbol Club Barcelona al completo. Apuntaba a la pequeña Manuela con una pistola. Marta hizo amago de atacarle, pero el tipo quitó el seguro del arma y ella se detuvo.

—¿Y este gilipollas de dónde ha salido? —preguntó mi padre más cabreado que un camionero sin cerveza.

—*Vinc dels països catalans, collons.*

—No he entiendo nada —respondió mi viejo—. Pero vaya, ¡suelta a la niña!

—¡Suelta tú ese trofeo! —exclamó en castellano el hombre.

—¡¿Y por qué?! ¡Es de los madridistas!

—¡Papá! Dale eso, hostias.

—Eso, haz caso a tu hijo, que tiene buen gusto —dijo mirando mi camiseta de Messi—. Si no os he matado ya es por él. ¡Habéis invadido mi propiedad! ¡Allanamiento de morada! ¡Okupas!

—¿Qué? ¿Pero cómo va a ser tuyo el Bernabéu? —preguntó Marta.

—Yo lo reclamé hace meses, ¡es mío!

Rafael, el ninja blanco, apareció sigiloso detrás del tipo. Como si tuviera ojos en la nuca, el hombre se dio la vuelta.

—¿Pero qué mierda es esta? —preguntó el tipo, apuntando ahora a Rafael—. ¿Una especie de ninja con la camiseta del Madrid? Aquí el que no es tonto pellizca cristales. Anda, ponte ahí enfrente con tus amiguitos.

Empezaba a hartarme no ya solo del tipo, sino de que nos encontrásemos cada dos por tres en problemas que nosotros no buscábamos. Estuve tentado de saltar sobre el hombre, pero la seguridad de Manuela era lo primordial.

—Escúchame, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Jordi, pero no quiero escucharte.

—Jordi, a ver… te propongo un trato —dije con cautela—. Mi padre suelta el trofeo, nos dejas a la niña y nos vamos tan tranquilamente por donde hemos venido.

—¿Y cómo me vais a pagar la vitrina rota? —contestó él—. ¡La *pela* es la *pela*!

—Joder, Jordi, que está todo hecho una mierda… mira, si quieres te recogemos los cristales.

—¡Tu padre tiene que pagar! —exclamó el tipo—. ¡Es un chorizo! ¡Es como el Real Madrid en sus buenos tiempos, siempre robando partidos!

—¡Y una mierda para ti!

—¡Papá!

El tipo se estaba poniendo muy nervioso. El arma temblaba en su mano y me daba miedo que fuese a dispararla sin querer, o, lo que es peor, queriendo. La situación era más que complicada. No sabía cómo aplacar el nerviosismo de aquel tipo y me daba miedo que mi padre soltara alguna burrada que le pusiera aún más cabreado o algo.

Pero no hubo necesidad de hacer nada porque el destino ya estaba jugando sus cartas. Oímos un zambombazo y la pared lateral del museo saltó por los aires. Nos vimos rodeados de polvo y escombros y, por el hueco que había quedado en la pared, apareció en la lejanía un tanque.

—¡Los putos militares! —dije levantándome del suelo.

—¡Os vamos a matar a todos, cabrones! —gritó la voz metálica del alférez Ramón Velasco desde un megáfono.

Miré a nuestro alrededor y Jordi estaba en el suelo, tosiendo. La pistola se encontraba a varios metros de él. Por nuestra parte, todo estaba bien. Manuela, intacta, había corrido a brazos de su madre. Rafael se incorporaba limpiándose en vano el traje de ninja blanco y la camiseta del Madrid. Mi padre escupía polvo y tosía. Pero ningún herido, por suerte.

—Creo que es el momento de salir por patas —dije.

Antes de que Jordi se levantara, ya habíamos salido de la sala del museo. Al poco oímos cómo disparaba con la pistola. Los militares y él iban a estar entretenidos. Sin saber hacia dónde corríamos, aparecimos en el césped. Y ahí nos encontramos con más problemas. Había cientos de zombis pululando por el campo. Estábamos en medio de una encrucijada. Si volvíamos atrás, nos encontraríamos con Jordi y el alférez Ramón Velasco intercambiando disparos. Y no me quiero ni imaginar el cabreo tan grande que tendrían ambos con nosotros. Por otro lado, si íbamos hacia adelante, nos esperaban cientos de zombis ávidos de carne humana. ¿Qué podíamos hacer?

—¿Aquello de allí es una bombona de gas? —preguntó mi padre.

Miré hacia donde indicaba y vi una bombona negra y alargada, con una especie de grifo al final. De estas que se usan para hinchar grandes globos, creo.

—Eso parece.

—Vale, tráetela, hijo. —Luego se dirigió a Marta—: Tú dame los fusiles, pistolas y granadas que tienes ahí en ese petate.

—¿Qué piensas hacer, Paco?

—Vosotros hacedme caso si queréis salir con vida de aquí.

Como le vimos tan serio y los zombis ya venían hacia nosotros y no teníamos ningún plan a mano, hicimos lo que nos pidió. Cuando quiso que ancláramos como pudiéramos la bombona a su silla, caí en la cuenta de qué era lo que intentaba hacer. Tenía armas en su regazo para dar y regalar. En los brazos sujetaba los cetmes, que había puesto en modo ráfaga.

—Estás loco, papá —dije—. Eso no va a funcionar.

—¡Funcionará! Y ahora… ¡tiraos al suelo y no os levantéis!

Hicimos caso y él disparó a la boquilla de la bombona de gas, que voló por los aires. El gas salió a chorro y propulsó la silla en círculos y él comenzó a disparar a diestro y siniestro. Los zombis iban cayendo conforme se acercaban. El ruido era demencial. Mi padre gritaba mientras apretaba el gatillo. Todo un Rambo en silla de ruedas. Comenzó a tirar también granadas a lo loco. Yo creí que alguna caería cerca de nosotros y ahí terminaría todo, pero no. Los zombis volaban por los aires.

Algunos se acercaron tanto a mi padre que temí que le mordieran, pero entonces sacaba la pistola y descerrajaba varios tiros. De verdad, no sé cómo lo hacía para tener tanta puntería mientras giraba en círculos a una velocidad de locos. Fue así al menos hasta que quedó gas en la bombona. Cuando se agotó, apenas quedaban algunas decenas de zombis en pie. El césped del Santiago Bernabéu se había convertido en un reguero de cadáveres putrefactos.

Uno de los zombis cayó sobre mi padre. Me levanté corriendo con mi pistola en la mano, pero no disparé porque podía herir a mi padre por accidente. Cuando alcancé al putrefacto, tiré de él y lo arrojé al suelo. Después, disparé sobre su cara y se la destrocé. Cuando me giré hacia mi viejo, vi que tenía varias mordeduras en el brazo. Me incliné sobre él.

—¡No, no, no, papá!

—*Na*, esto una tirita y listos.

La rabia me poseyó. Ahora sí que me habían quitado a toda mi familia. Me incorporé y, pistola en mano, empecé a reventar a los zombis que se acercaban paso a paso. Rafael sacó su catana y comenzó a cercenar miembros y cabezas. Marta también hizo uso de su pistola. En apenas unos minutos, nos habíamos deshecho de todos los zombis que quedaban en el campo y yo volví a caer de rodillas delante de mi padre.

—Papá… joder.

Mi padre tenía los ojos enrojecidos y yo ya estaba llorando.

—Solo me quedabas tú —le dije.

—Bueno, ahora ya no vas a estar solo, cabezón —me dijo revolviéndome el pelo—. Has hecho una nueva familia.

Me abracé a él como nunca había hecho. Él me acogió con fuerza entre sus brazos y me sentí como un niño de ocho años.

—No me da miedo morir, hijo —dijo—. Ya hace tiempo que estoy preparado.

Manuela comenzó a sollozar a nuestro lado. Marta me puso una mano en el hombro.

—Pero yo no estoy preparado para que te vayas —dije entre sollozos—. Tenemos cosas de las que hablar todavía…

—No me seas llorica, anda. Tenemos poco tiempo, pero el suficiente para decirte que estoy orgulloso de ti. Siempre lo he estado. Eres una buena persona y fuiste un gran padre. —Miró hacia Manuela y le revolvió el pelo a ella también—. Y volverás a serlo.

—Papá…

—Y oye, lo mismo con suerte me aceptan ahí arriba y me encuentro con mi Juanito, tu madre y tu hermano.

Quise recordarle que yo era ateo, pero para qué. Él era creyente y ojalá yo también lo hubiera sido.

—Te quiero, papá. —Me abrí como nunca había hecho—. Nos distéis

una gran educación a mi hermano y a mí.

—Solo quiero pedirte una cosa antes de…

—¿El qué, papá?

—Que te cambies de equipo, joder.

—Nunca vas a cambiar, ¿eh?

—Nunca. —Miró a Rafael—. Rafael, protégeles de vuelta a casa. Nunca vi un ninja tan bueno como tú.

—Gracias, Paco. Eres un grande —respondió el gran ninja blanco entre lágrimas.

—Marta, al final te quedas con las sobras —dijo señalándome—. Cuídale bien, anda. Es un poco moñas, ya sabes. Siempre llorando el gachón.

Marta no pudo responder porque también estaba llorando.

—Y tú, hermosa mía —le dijo a Manuela—. ¿Qué tienes que hacer cuando mi hijo te mande que hagas algo?

Manuela me hizo una peineta y se partió de risa.

—Eso es, buena chica. Y ahora, por favor, dejadme. Tengo que… —Movió la pistola hacia su cabeza e hizo como si disparase.

Le di un beso, me levanté y me giré. Mi padre nos había salvado la vida y le había dicho lo que sentía. Nos habíamos abrazado por fin y todo estaba resuelto entre nosotros. Me di la vuelta y empecé a caminar. A lo lejos se oían los disparos de un tanque. Los demás se unieron a mí. Mi padre se quedó solo, contemplando el estadio con el que había soñado visitar tantas veces.

El disparo de su pistola resonó en todas las gradas y mi corazón estalló en mil pedazos. Me di la vuelta casi sin poder ver por las lágrimas.

—¡Papá!

—¡Jajaja, gilipollas! ¡Has caído!

Se estaba partiendo el culo. No me lo podía creer. Solo él podía hacer una broma así en aquellos momentos.

—¡Cabronazo! —le grité.

Después volví a darme la vuelta. Mis compañeros me abrazaron. No habíamos caminado muchos metros cuando volví a escuchar otro disparo. No

hizo falta que me diera la vuelta para saber que mi padre se había ido para siempre, ahora sí.

—¡Volviste a caer, pringado!

—¡Venga ya, tío! —le respondí a gritos.

—No lo va a hacer mientras estemos aquí —me susurró Marta al oído.

Y tenía razón. Me di la vuelta, me despedí con la mano y mi viejo hizo lo mismo. Fue la última vez que nos vimos. A lo lejos, seguimos escuchando los cañonazos de los militares y los disparos de Jordi con su pistola, pero nosotros ya no estábamos allí.

CAPÍTULO 15
HOGAR, DULCE HOGAR

¿Qué os parecería si os digo que llevo un año sin tocar esta libreta? Después de la muerte de mi padre y de abandonar Madrid (otra vez en bicicleta), no me quedaron ganas de continuar escribiendo. Necesitaba curar muchas heridas, necesitaba avanzar. ¿Me hundí? Para nada, tenía a Marta y a Manuela a mi lado, dándome todo su apoyo. Y yo a ellas, que este año ha sido duro para todos. Pero ¿sabéis qué? Somos muy felices y tenemos una vida tranquila. Hasta Rafael se mudó a Ojuelos Altos con nosotros. Podría decir que compró una casa cerquita de la nuestra, pero vamos, que la ocupó porque sus dueños llevaban años muertos y nadie iba a reclamar aquella vivienda.

Marta y yo estamos enamorados, mucho. Nos encanta cuidar de nuestro huerto, nos leemos novelas el uno al otro, incluso nos atrevemos a escribir un poco. Y, lo más importante… está embarazada. Sí, como leéis. Más luz a nuestras vidas. Hemos decidido que, si es niño, se llamará Francisco, como mi padre. Si es niña, todavía no sabemos, pero nos gusta mucho Rosalía.

Hemos descubierto que hay vecinos con vida. Gente mayor, Eduardo y Paqui, que no son matrimonio ni nada, pero ahora viven juntos. Rafael y ellos han congeniado genial y pasa mucho tiempo con ellos. Además, el gran ninja blanco se ha declarado protector oficial del pueblo y sale a hacer sus rondas, catana en mano, por si hubiera algún podrido cerca. Aunque el pobre se aburre como una ostra, aquí nunca pasa nada. Pero, para nosotros, como padres, mejor así.

Manuela empezó a llamarme *papá*. Salió de ella y a mí me dio mucho reparo. A Marta también. Ella le explicó que no soy su padre natural, que su padre natural fue un valiente que murió defendiendo todo aquello en lo que creíamos, que la quería mucho, etc. Ella dice que muy bien, pero que yo soy su *papi dos*. Y que como *papi dos* es muy largo, me llamará *papi*, aunque

siempre sabrá que no soy su *papi* natural. También argumenta que sería raro, ahora que va a tener un hermanito (porque ella jura y perjura que será niño), que ella me llamase de una manera y su hermanito de otra. Sería un lío para el pobre niño y eso no puede ser. Es maravillosa esta niña, como su madre. De vez en cuando, si la riño, me hace una peineta, y aunque hago como que me enfado mucho, por dentro me derrito pensando en que eso se lo enseñó mi padre.

Por supuesto, sigo pensando en mi hijo y en Sara. Tengo más que claro que jamás los olvidaré. Aún estoy aprendiendo a vivir con este dolor, pero me he dado cuenta de que sentirme así no equivale a no volver a ser feliz. Puedo ser feliz y lo soy, y lo seré cada día más. Y ellos estarán por siempre conmigo, en mi corazón y mi memoria.

Quiero que cuando Manuela y Paco (¿o Rosalía?) crezcan, lean este diario. Quiero que conozcan esta historia. Y quién sabe… ¿os imagináis que algún día vuelven a publicar libros y publico este? ¡Mi primer *bestseller*!

Y ahora sí, cierro esta libreta. Pongo el punto final a esta historia y la guardaré para no pensar en ella… ¡al menos hasta que los niños sean mayores de edad!

Os dejo con el mensaje que me transmitió mi padre:

Vivid la vida, no seáis muertos vivientes, joder.

¡Hasta más ver!